

Cuentos para leer en el jardín II



Ediciones Mis Escritos
Buenos Aires - Argentina

Cuentos para leer en el jardín II

Compilación: Cristina Beatriz Monte

Ediciones Mis Escritos
Buenos Aires - Argentina

Cuentos para leer en el jardín II / Alicia Angeli ... [et al.] ;
compilado por Cristina Beatriz Monte. -
1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Mis Escritos, 2017.

Libro digital, Exebook

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-4004-39-0

1. Cuentos. I. Angeli, Alicia II. Monte, Cristina Beatriz, comp.
CDD A863

© Ediciones Mis Escritos
Todos los derechos reservados

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra,
por cualquier medio o procedimiento, sin el consentimiento
explícito de Ediciones Mis Escritos.

Editado por Ediciones Mis Escritos - Mayo de 2017

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723

Nos complace presentarles «Cuentos para leer en el jardín - II» 2da selección de cuentos en el marco de la convocatoria «Textos elegidos». Veinticinco cuentos que nos llevan por variados caminos del cuento contemporáneo. Esperamos que disfruten de esta entrega.

Cristina Beatriz Monte

Poeta - Editora

Alicia Angeli

Diagnóstico: Amor

Es abril, y el aire huele a hojas secas. Remolinos cobrizos revolotean en las aceras, armando y desarmando cúmulos de pétalos quebradizos.

Ester, envuelta en una chalina, llega a la consulta del especialista que le recomendó su ginecóloga.

La sala de espera parece una fotografía en sepia, con los pacientes detenidos en el tiempo.

Paradójicamente es como si en esa sala no se esperara nada. Todo se halla suspendido en un instante eterno. El agua no cae en la clepsidra, la arena no se escurre en el reloj.

La secretaria, emergiendo del sopor que le produce la pantalla del ordenador, y la pila de órdenes de distintas mutuales, la interroga con la mirada.

Ester saca la receta de la cartera, se la entrega. La empleada la mira indiferente. Sólo dice:

-Tome asiento, hay tres personas antes que usted.

Va al rincón más iluminado, con la esperanza de encontrar alguna revista para pasar el tiempo. Se quita la bufanda. Hace calor adentro. Hay olor a remedios y desinfectante.

Antes de enfocar la vista en los restos de un periódico viejo, mira en derredor. Una señora mayor, juega con los dedos. Los une y los separa automáticamente, sumergida, quien sabe, en qué laberintos.

La joven embarazada, acaricia su panza. Una media sonrisa ilumina su cara.

La tercera persona que observa, es un hombre, de casi su misma edad,-calcula- que juguetea con las llaves del auto, y bosteza disimuladamente, mientras se recuesta en el

sillón. Un resorte medio salido de lugar, hace que vuelva a la posición inicial.

Sale un paciente, y entra la señora, luego la joven embarazada, quedando sólo Ester y el hombre.

Se observan a la distancia, hilos invisibles unen sus miradas, por las que corre un atisbo de energía. Los ojos de ambos, cobran vida un instante, luego, cada uno se enfrasca en sus cavilaciones.

Le toca el turno al hombre, que cansino se dirige al consultorio.

Sólo queda ella. Es la última.

Cuando Ester sale, después de la ecografía, ya la secretaria está recogiendo sus cosas. En un suspiro, le dice:

-El jueves está el resultado. Da media vuelta, toma su abrigo, saluda al doctor y se apresta a salir de su trabajo.

Ester camina aliviada hacia la salida. No vio cara de preocupación en el médico, aunque, pensándolo bien no dio muchas explicaciones. Cuando se es atendido por mutual, no se puede esperar mucho. Automáticamente se debe pasar a otro paciente, sino, no rinde.

Ya la luna va escalando los peldaños del cielo cuando Ester llega a su casa. Ha refrescado, y algo caliente no le viene nada mal. Se prepara un cappuccino bien dulce y lo acompaña con unas galletas de miel.- necesito energía-, piensa, y se asoma a la ventana.

Se sienta en una butaquita que tiene frente a una mesa ratona, donde deposita la taza y el platito con los dulces. Distraídamente observa el trajín de la calle. Sus vecinos vuelven del trabajo, los niños regresan de sus juegos con amigos. Su mente discurre por distintos senderos. Así pasa un buen rato. Está acostumbrada a hablar y contestarse sola.

Como en un libro, relea las páginas de su vida. Recuerda su infancia, protegida por sus padres y custodiada de cerca por una hermana mayor, que, con la excusa de cuidarla, no le pierde pisada.

Estela siente que su trono trastabilla con la llegada de esta intrusa. Ha sido la reina de la casa durante casi diez años, y no está dispuesta a ceder espacio.

Siempre hubo cierta rivalidad entre ellas, pero Ester con dulzura, limó las asperezas y recompuso la situación. Al final, Estela tuvo que reconocer que tener una hermana no era tan malo y, ahora que vive en otra provincia, que ha formado su propia familia y se ven poco, hasta reconoce que la extraña. Se lo ha dicho muchas veces por teléfono. Ester sonríe al recordarlo. Piensa:-»Es que somos tan poquitos ahora que papá y mamá no están, que si no nos queremos los que quedamos, de qué sirve la vida».

En este punto, frena su deambular por tiempos remotos.

Toma otra galleta y sorbe del pocillo mecánicamente, con la vista fija en un punto imaginario.

Reanuda esas evocaciones a la deriva, saltando de un recuerdo a otro. Allí están su infancia de juegos y estudios, la llegada de una adolescencia sin conflictos y un noviazgo convencional, acorde a la época.

Una arruga se dibuja en su frente. Esos cinco años de novios con Ernesto, siempre vigilados, siempre con horarios estrictos de salida y llegada, sólo sirvieron para que se casara con un desconocido. No repetirá su historia con sus hijos.

Ha llegado a un punto álgido de su vida. Toma el plato, la taza, y se levanta.

-Suficiente por hoy,-se dice casi con amargura-.

El dulzor que le dejó en el paladar su merienda-cena, hace que se disipe toda nostalgia por un tiempo que no volverá. La libertad de la que goza, se la tiene bien ganada, la pagó en pequeñas cuotas y ya canceló la última. Ahora es dueña absoluta de su vida. Decide terminar la jornada.

Otra hoja del calendario se desprende y se desliza en las sombras de la noche. Es tarde, apaga las luces y se acuesta.

Ya en la cama, piensa que ese día ya pasó, falta uno menos para que le entreguen los resultados de la ecografía.

Se duerme abrazada a sí misma. Hace tanto que nadie lo hace, que ya casi no lo nota.

A la mañana, desayuna y sale. Quiere aprovechar esos días de licencia que le dieron en el estudio contable donde trabaja.

Le gusta el aire libre, y es en un banco de plaza, donde, con un libro, abandonado en la

falda, redescubre el brillo de las hojas de las magnolias, las flores del palo borracho.

El olor a pasto recién cortado que empalaga sus sentidos hace que se sienta libre, libre del pasado, libre de recuerdos dolorosos. El presente pesa más en su balanza.

Entrecierra los ojos, para evocar mejor a sus hijos. Pablo, de veinticinco años, ya está establecido. En la empresa donde trabaja aprecian sus ideas innovadoras. Solo falta la tesis y ya es arquitecto. Le parece mentira, su Pablito arquitecto...

Cecilia, también la hace sentir orgullosa, tiene veintitrés años y es maestra jardinera. Junto a unas amigas ha montado una guardería, en una vieja casona, que Pablo le ayudó a remodelar.

Ya se mantienen solos. Viven en Córdoba. Son buenos chicos, la llaman casi todos los días. Ella los atiende a la hora que sea, siempre y cuando no se haya olvidado el celular. Esta libertad nueva la tiene medio despistada. Sabe

que cuando ella los necesita, siempre están a su lado.

Sonríe, y se arrellana en el banco, mientras saborea la mañana. Está conforme con su trabajo. Ya no tiene que rendir cuentas a nadie. Puede entrar y salir de su casa a la hora que se le antoje. Esta situación la reconforta. No hay horarios de escuela, ya el marido voló con una pajarita más joven y a ella no se le derrumbó el mundo como pensaba. Su divorcio goza de buena salud.

La verdad, que la llegada de la pajarita, la liberó de un matrimonio desgastado y rutinario, en donde los tiempos eran cronometrados y calculados matemáticamente de acuerdo a la voluntad de Ernesto.

Nunca una sorpresa, nunca un regalo porque sí,... porque lo vi y pensé en vos. Jamás un fin de semana, solos, paseando sin rumbo, tomados de la mano, acompañándose uno al otro y no aburriéndose uno con el otro.

Ester pone fin a sus pensamientos.

-Estamos en otoño muchacha,-se dice, y lo peor es que viene el invierno, brrrrr, ¡qué frío! ...

De pronto, se ven. Él se acerca temeroso de no ser reconocido. Le cuesta empezar a hablar.

Luis, que se autodefine como soltero por vocación, se le ha movido el andamiaje que construyó después de la gran desilusión de su vida, que por dolorosa se ha vuelto innombrable.

-¡Qué casualidad! ¿Usted es la misma persona que vi en el consultorio ayer a la tarde?

Ester sonríe.

-La misma, -contesta, nunca lo vi por estos lados. ¿Es nuevo en el barrio?

-Sí,... podría decirse que sí.

Sin pensarlo, se da cuenta que está dando explicaciones y datos de su vida que nadie le había sacado ni con tirabuzón.

-Hace poco me instalé aquí cerca. Soy de un pueblo vecino. Tengo una agencia de remises.

La verdad es que no conozco a casi nadie, salvo a los choferes, que vienen rinden cuentas y se van. ¿Tiene tiempo para tomar un cafecito? Yo invito.

Así parten, dos desconocidos, que quieren dejar de serlo, aunque ellos no lo sepan todavía.

Luis vuelve a la remisería, se siente más liviano. De su mochila ha sacado algunas cargas, que por cotidianas, se han vuelto costumbre. Está tan habituado a disponer de su vida, que algo le hace cosquillas.

Quedaron en encontrarse al atardecer, para tomar una cervecita y comer pizza. Programa un tanto vulgar, pero efectivo. ¿A quién no le gusta relajarse, después de una jornada de trabajo, comiendo algo «tranqui», y conversar con algún amigo?

Cuando se encuentran, algo incómodos, se saludan. Toman asiento y se miran.

Si alguien observa a Ester, casi podrá decir con certeza, que se le nota que no se sienta con

otro hombre que no sea su marido, desde hace décadas.

Luis, huidor profesional de todo compromiso, se sorprende a sí mismo, comenzando una especie de cortejo, con una mujer, que él intuye, está transgrediendo alguna de sus reglas.

A más de uno, le llamará la atención verla con un hombre. En esta pequeña aldea, sus habitantes no han evolucionado. Hay edificios de varios pisos, pero su mentalidad quedó en planta baja.

Hablan de trivialidades, se cuentan sus vidas comunes y repetitivas. Sin sospecharlo se aferran a una relación en la que se sienten a gusto, sin presiones. La imposición de amigos o familiares queda fuera. Le han cerrado la puerta los dos al mismo tiempo. Todo va a ser nuevo, sin preconceptos. Todo se dará en un plano de igualdad. Estas reglas no escritas serán su decálogo y las cumplirán a rajatablas.

Estos dos seres, que por primera vez se encuentran en un cruce de caminos, tienen sentimientos y pareceres muy similares. Todavía ellos no lo han descubierto. Todo está envuelto en una neblina que se irá descorriendo de a poco.

La conversación fluye espontánea. Se escuchan sin interrumpirse, se respetan los tiempos. En el ajedrez de sus vidas, las piezas se van acomodando despacito, sin apuro. Sus miradas tienen otro brillo, sus manos hablan al contarse pequeñas anécdotas. En sus cuerpos una vibración nueva no les pasa desapercibida.

Luis, está azorado. ¡No lo puede creer! De improviso la monotonía se quiebra, y él no hace nada por recuperarla. Su voluntad se ha tornado de gelatina.

Él, que juró no enamorarse nunca más, después de la ruptura con Liliana, uff... también se había jurado no nombrarla nunca más. Bueno, ya no importa. Ya no duele.

Ahora, a la distancia, se da cuenta .Era una rubiecita vistosa, pero no linda, en el buen sentido de la palabra. Como persona dejaba mucho que desear,... pero cuando uno se enamora...

Menos mal que los muchachos le avisaron, y él haciéndose el desinteresado, para que no supieran de su orgullo herido, tomó nota.

Ese día, la siguió, sin que se diera cuenta. Ante sus ojos se presentó, lo que para él, fue un espectáculo dantesco: Liliana se dejaba besar por un hombre, que le abría la puerta de un auto de la puta madre, en ese momento.

Ofendido en lo más profundo de su dignidad, cortó con ella con una excusa estúpida. Ella ni pestañeó. Desde ese momento, los amigos, con asados incluidos, y las interminables rondas de café, fueron su pan diario. Hasta que... conoció a Ester.

Se acerca el jueves, día de entrega de diagnósticos. Luis y Ester, deciden ir juntos a buscar los resultados.

En la sala de espera, la misma penumbra sigue alumbrando a los pacientes. La secretaria, como al descuido, entrega los sobres.

Salen a la calle de la mano. Se miran y sin decir palabras, ambos rompen el precinto y leen los informes: Ester no tiene quistes en los ovarios, se aconseja un tratamiento con hormonas, para equilibrar sus glándulas ante el comienzo de la menopausia. Luis, con ingesta de mucho líquido, podrá eliminar esa arenilla molesta que dos por tres le produce cólicos renales, y así solucionar su problema.

Sus miradas se encuentran, ven alivio en los ojos del otro. Y... comienzan a reírse. Ríen como adolescentes. Ríen a la vida. Ríen a la risa. Sonríen mientras se abrazan, y la vida que renace se hace risa en el aire, en las hojas secas del otoño, que aunque secas, cobran vida ante esa verdad susurrada en los oídos de quien quiera escucha: El amor siempre existió, pero cada caso es distinto, aunque la esencia es la misma.

Es que..., hay almas gemelas que no se conocen, y cuando se encuentran chocan los planetas.

Nadia Mabel Barrio

Ignorancia

Ya han pasado varios años pero el recuerdo de ese momento marcó para siempre más que mi memoria. Yo era muy joven estaba en mis 20 añitos recién pasados y tenía mi primer trabajo, era un tarea simple pero con mucha responsabilidad ya que tenía gente a cargo, era supervisora de distribución en un correo privado, fue una época difícil en la economía del país y creo que más de uno ocupábamos puestos para los que no estábamos preparados, en el que te pagaban 2 mangos en negro y sin ningún entrenamiento, negocio redondo para la empresa y pocas opciones para los que buscábamos trabajo.

Mi tarea consistía en dirigir un grupo con el que salíamos en una camioneta a hacer

promociones, ellos bajaban en determinada esquina para realizar un recorrido que yo les marcaba y terminaban en un punto donde los buscaba para luego llevarlos a otra esquina y repetir el proceso. Como dije no era un trabajo difícil de realizar, lo que si era complicado a veces era armonizar con los caprichos y mañas de los distintos grupos, experiencia que tengo que reconocer me sirvió mucho en la vida.

La gente de los grupos venia de diferentes lugares, algunos muy carenciados por lo que me fui enterando mientras convivía con ellos, eran contratados por una agencia tercerizada del correo, otro curro empresarial para no tener empleados. Si a mí me pagaban 2 mangos a ellos les pagaban medio mango. Así que ahí estábamos todos embarcados en el mismo tren.

Ese día en particular hacía mucho calor, los ánimos estaban caldeados porque la zona era muy grande y todos queríamos terminar temprano para que no nos agarre el solazo

extremo de las tardes de verano de mi Buenos Aires querido. Estábamos con las pilas puestas para hacer lo más rápido posible, las parejas de caminantes, así se hacían llamar, bajaban y subían como si fueran en patines. Salvo una pareja que en cada vuelta se perdía y teníamos que recorrer todo el circuito hasta que los encontrábamos en cualquier lugar menos donde les había indicado. Eran un hombre y una mujer, desconozco si tenían algún parentesco, ambos de alrededor de unos 40 o 45 años.

Ya les había explicado el recorrido con todos los métodos que solía aplicar en los grupos, ellos no eran novatos por lo tanto ya conocían el trabajo. Primero le dije los nombres de las calles, se perdieron, después les indiqué mostrándoles en un mapa para que lo visualicen, se volvieron a perder, en la siguiente vuelta la mujer me dice – *decime cuantas cuadras tengo que caminar*- dije bueno son tantas cuadras, se volvieron a perder, mi paciencia se agotaba. Siempre había grupos

difíciles y muchos usaban la artimaña de perderse para caminar menos mientras otros compañeros cubrían su zona. Con esto en mente yo había empezado a levantar presión y el resto de los caminantes estaban que ardían y no era solo por el calor.

Con toda la bronca encima y pensando que lo hacían a propósito hice un último intento, agarré mi mapa de recorrido le marqué con colores las cuadras y resalté el nombre de las calles, cuando les explico por novena vez en el día como tenían que hacer, lo hago de manera burlona, porque era joven e idiota, y como para ponerle un broche de oro a la cosa les dije – *¡Ves tenés que ir hasta la calle Anchorena!, ¿sabes leer? Hasta acá Anchorena!!!* - Y le resaltaba la palabra irónicamente. La pareja estaba muy callada hasta que el muchacho me miró.... Nunca, jamás en mi vida voy a olvidar esa mirada que me dijo tanto sin palabras. Me miró con tristeza, con resignación, con bronca y vergüenza, todo en una

misma mirada y me dijo – *No, no sabemos leer* – Quede muda, toda la estupidez adolescente que todavía corría por mis venas murió en ese instante. La que lo miraba con vergüenza ahora era yo, vergüenza por mi propia ignorancia.

El muchacho tomó el mapa sin decirme más nada y se fue. Yo quedé helada y me subí a la camioneta en silencio. En ese momento me cayeron todas las fichas juntas, yo con mi secundario completo y mi primer año de facultad ya adentro había sido tan poco inteligente, tan ignorante y tan cruel innecesariamente, solamente por no ponerme en el lugar del otro. En ese momento algo cambió en mí para siempre, entendí lo que era la desigualdad, la pobreza y la carencia, palabras sueltas que en el colegio católico usaban a menudo para enseñarme la lección de catequesis, agradecí infinitamente el esfuerzo que mis padres hicieron para darme una educación dentro y fuera de la escuela y comprendí que mi pensamiento ya no volvería

jamás a ser el mismo, cosa que hasta hoy agradezco todos los días.

Cuando la pareja volvió del recorrido le pedí disculpas de todas las maneras que se me ocurrieron, la verdad es que sentía que no había disculpa que alcanzara, ellos me decían que ya estaba que no importaba, se ve que estaban acostumbrados a que los ninguneen, pero sí importaba, ¡a mí me importaba! Y quería que ellos lo supieran, creo que fueron mis ojos lagrimeando los que llamaron su atención y el muchacho me dijo – ¡No importa, no es tu culpa! – pero si lo era, era culpa de todos.

Ana Bazán

Margarita

(La historia, que no debe repetirse)

Cuando vine a este mundo, vivía en un caserío en Luján.

La sexta hija de mi padre y segunda de mi madre. De bebe, me cuidaban las vecinas amigas de mi madre y también las que no lo eran, porque ella tenía que trabajar, solo eso supe. Murió cuando yo tenía seis años y a los ocho, ya tenía una nueva mamá.

La niñez transcurrió en compañía de mis hermanastros, que me sentaban en el carrito e íbamos golpeando puertas por los barrios. Para mí era divertido buscar sorpresas dentro de las bolsas, nunca nos daban plata. Algunas mujeres nos daban más que otras, algunas nada. A veces comíamos y nos vestíamos con lo que nos daban.

Pero a los doce casi trece años cambió todo, porque mis hermanos, me obligaban a quedarme en casa, dejaban entrar a sus amigos, para estar conmigo y les cobraban. ¡Nunca supe que hacían con la plata!

Abandoné la escuela, por vergüenza, porque los chicos me señalaban y me decían cosas. Después de los dieciocho, me llevaban al centro, a diferentes lugares. A mí no me gustaba estar con borrachos, con matones o con los que pagaban más, porque a veces querían cosas que no eran agradables.

Entonces decidimos escaparnos con un muchacho de mi barrio, porque nos enamoramos. Aquella misma noche nos fuimos, él simuló acompañarme al lugar donde trabajaría esa madrugada.

Llegamos hasta Catamarca, porque él maneja un camión y encontramos un pueblo donde pudimos vivir, hubo trabajo para los dos.

El problema surgió, cuando él no lo encontraba, porque se emborrachaba cada vez más seguido. Tanto, que casi no lo llamaban para viajar y nos fuimos de Catamarca.

Hoy soy rubia, me llaman Marlene. Ya no soy Margarita, «la cariñosa» y trabajo en un café. Aunque parece que no puedo escapar a mi destino.

Cuando necesitamos dinero, vuelvo a ser «la cariñosa».

Extraño los lugares, dormir como niños, los amigos, porque con ellos puedes ser realmente quien eres. Creíble o no, extraño mi casa, tener una familia. ¡Vienen a mi mente, momentos tan plenos de la niñez! Como cuando al volver a casa, pasábamos por el parque y jugábamos todos juntos.

Siempre me pregunto: ¿Qué fue lo que les pasó, a mis hermanos?

También añoro, el poco tiempo que fui a la escuela y los recreos con la señorita Gabriela,

sobre todo aquellos sueños de vivir mejor y de criar mis hijos.

Vinimos en busca de algo mejor, pero no es lo que soñaba.

Hoy, aunque es por amor, sigo siendo una perdida.

Mejor dicho: «Tal vez, nos hemos perdido, los dos.»

Enrique Bustamante

El niño que soñaba ser artista

En una ciudad del sur, vive hace 7 años, un niño que sueña con ser artista. Se llama Vincenzo y quiere ser pintor, pero mal ha entendido que para lograr su sueño debe pintar todo el día, en sus ratos libres y en los que él suele tomarse como tales, olvidando sus tareas de colegio, y sus obligaciones como hijo.

Abandona con pretextos sus clases de matemáticas, personal social, comunicación, lenguas extranjeras, teatro, danza, música coral e instrumental y sólo disfruta las dos horas que le toca en el taller de pintura.

El profesor de pintura es una persona mayor, que trabaja hace tiempo en el colegio. Al parecer siente mucho frío porque siempre está muy abrigado y anda con guantes de lana.

Estudió en la Escuela de Bellas Artes y luego viajó por diferentes países del mundo y muchas ciudades del Perú exponiendo su arte. Pero el tiempo se ha detenido en él, y disfruta como joven de los talleres de arte que trabaja con niños desde los 3 hasta los 15 años.

El profesor siente el mismo cariño y preocupación por Vincenzo como por los demás. Siempre está solícito a prestar su talento para transmitirlo a todos los niños. Ayuda a encontrar el material apropiado para realizar el «tema» que indica en cada clase y trabaja con los alumnos usando: crayolas, lápices de color, plumones, acuarelas o témperas según se requiera.

Vinzenzo, es como todos los niños: inquieto, observador, apresurado, y pregunta por cada trabajo que van a realizar. Luego se entrega en silencio a la tarea artística, juega con los colores, disfruta de la variedad de materiales en la técnica, y trata de extender su composición a todo el formato de la cartulina que el profesor les da.

Descubre formas, gana espacios, y disfruta trabajando sobre la cartulina blanca. Antes de empezar la clase el profesor les indica los materiales que van a necesitar. Y les hace saber que cuando se dibuja y/o pinta no debe ponerse nombre al costado, porque las pinturas no llevan auxilios tipográficos, sino visuales y cromáticos desde el punto de vista artístico.

Vinzenzo no se ha portado bien esta mañana y su profesora de aula está preocupada porque ese mal comportamiento se sucede uno tras otro en estas últimas semanas. Le comenta al profesor de arte su deseo de que mejore también en otras asignaturas.

Para Vinzenzo, pintar es lo más importante. No hay cuaderno o libro donde no aparecen sus dibujos, y ropa que no esté manchada de diversos colores. Cuentan que en su casa garabatea las paredes y los espacios planos con diseños que gustan a todos, pero especialmente a él.

El profesor de arte ha escuchado la queja de la maestra y aprovecha un descanso en el recreo y le dice:

-Quiero conversar contigo Vincenzo-

-Sí Enrique- responde el niño.

-Me ha contado un pajarito por allí, que no quieres trabajar en ningún momento del día-

Vinzenzo, continúa:

- Es que sólo me gusta pintar y dibujar, no quiero hacer otra cosa-

A lo que el maestro le dice:

- ¿por qué pintas y te olvidas de otras responsabilidades?

Y responde Vincenzo

- Yo quiero ser un gran artista como tú-

El profesor conmovido por la respuesta. Calla. Un silencio y la alegría dibujada en el rostro del niño marcan el momento.

El maestro añade:

-Para ser artista tienes que tener conocimiento de muchas cosas, saber pensar, hablar, expresar tus ideas y comparar con las de otros, es tan importante como dibujar, pintar, colorear, crear-

Vinzenzo, sorprendido baja la cabeza, piensa y responde:

-Entonces te prometo Enrique, que no descuidaré mis otras cursos. Trabajaré para ser el mejor en matemáticas, personal social y los demás. Me esforzaré por ser el mejor atleta, el campeón de fútbol y tenis, y cantaré con mi mejor voz en el coro-

El profesor añade:

-Así cuando seas grande podrás ser el artista que ahora sueñas, y podrás realizar tus pinturas que es lo más te gusta. Serás sabio en tus decisiones, y podrás transmitir el lenguaje de tu arte a la gente, de la misma forma que hoy

trasmites tus ideas escribiendo, hablando, pintando, moviéndote...-

Vinzenzo, entendió que el profesor de arte quería para él lo mejor: Esperaba lo mismo para la escuela y su familia. Contento, dispuesto a cumplir su promesa...como todo niño, Vinzenzo toma su patineta y se va hacia el fondo del patio feliz de haber definido su deseo futuro y la realización de su máspreciado sueño: ser un gran artista.

Ezequiel Cámara

Así es el amor...

Quien cambia todas las mañanas sus pañales, es él. Hace cinco años desde el día que quedó postrada por una embolia cerebral, ella era una joven poeta de veintiocho años, hoy ya tiene treinta y tres, ambos habían armado una comunidad infanto juvenil de la cual él tuvo que hacerse cargo. Ella llevaba una brillante carrera literaria como él, carrera ya truncada por la adversidad de la vida. Él pese a todo siguió con su carrera y su vida, sin descuidarla a ella, la bañaba todas las mañanas y le ponía pañales limpios; por la tarde la dejaba con una enfermera llamada Elena de apenas veintidós años. Era muy bonita y atenta. Él se iba por las tardes a seguir con sus estudios y el gym. En el verano concurría a la playa. Por la noche llegaba y la veía a su

pareja como día a día se consumía, solo gemía. Cenaba con Elena, para él era una buena compañía era joven y agradable y tenía con quien hablar y descargarse dado que su pareja era como una planta desde aquel día, ese día nefasto que su mente colapso según el médico a causa de la maldad de sus hermanas que penetró en su cerebro y lo hizo estallar.

Ya habían pasado diez años, ella rondaba los cuarenta y él se acordaba el miedo que ella antes del accidente tenía a la edad y hoy su juventud se desvanecía, se le diluía en esa cama, su cuerpo estaba raquítico, casi calva, dado que en ese estado no podía consumir sólidos, todo era vía suero. Él ya se había resignado y la que era su enfermera la de su pareja hoy era su nueva pareja y gran amor. Ambos la cuidaban con mucha dedicación pero vivían su romance plenamente disfrutando de la playa en verano y de salir con los que antes eran amigos de su pareja y de él. Llegaron a querer tanto a Elena que ya

ni recordaban a Jusena. Lo llamativo es como la gente reemplaza a las personas como si fueran simples piezas, lo mismo sucedía en el ámbito literario de ser conocida callo en el total olvido, sin embargo él era muy reconocido. Cuando Jusena cumplió cuarenta y cuatro quedó en un geriátrico, sus hermanas eran muy felices y plenas y Jusena se pudría en una cama. Todos eran felices, nadie es imprescindible.

El amor se diluye con el tiempo, se diluye con la adversidad y florece en las buenas.

Juan Cruz Castillo

El descanso del guerrero

Solía matar a las bestias que aterrorizaban a las personas, solía defender castillos, solía juntar mucha gente para poder ir tras el enemigo, solía sonreír cuando me enteraba que todo iba bien, hasta que el día llegó

Tras la derrota del enemigo ya no había a quien defender, ya no se podía luchar contra alguien, así que todo cambió. El mundo se volvió muy pacífico, nadie se acordaba de las personas que alguna vez salvaron sus vidas, todo era casi como un sueño, llegabas al pueblo y veías a cada persona ayudándose, ibas a los campos pero lo único que se escuchaba era tranquilidad y a los niños que se divertían.

Mientras caminaba por la playa, me di la vuelta y pude observar a las olas danzar, en las noches se podían apreciar las estrellas. Las mañanas en los bosques eran hermosas, ya que había demasiada flora y fauna, todo se podía percibir con tranquilidad; hasta podías ver los arroyos que terminaban en los lagos.

El mundo que yo conocía dejó de existir. Siempre pensé que la guerra nos tenía a todos más alerta, además aunque parezca que no, la economía era más estable que antes de que comenzara todo, ahora muchas personas se quedaron sin trabajo y como si fuera poco ya los otros pueblos no cooperan como antes. En las grandes ciudades empezaron a haber más trabajadores sin empleo y más personas sin hogar; la seguridad escasa y sus gobiernos decayeron fuertemente ya que no hay más unión.

Ahora que tengo ya los ochenta y cinco años, en lo único que pienso es que hubiera sido de mí y del mundo si la guerra hubiera seguido,

me gusta pensar que vuelvo a ser joven, que en una mano sostengo mi espada y con la otra mi escudo, ¿tendré que aceptar este nuevo mundo o sólo seguir recordando mi mundo extinto? ...

Pensar que yo era joven, que cada día tenía la misma meta, la de proteger a todos pase lo que pase, pero ahora ese deseo se esfumó, el camino que seguía se nubló y yo cada día me voy despidiendo del mundo. Espero que los niños de la nueva generación sepan que no importa que tan nublado esté el camino, siempre tienen que seguir avanzando ya que si fuera fácil ese camino no sería el verdadero. Cumplir y llegar a tu meta es lo que tienen que tener en mente.

Nunca dejes de seguir tus sueños

María Cristina Chiama

Estación de trenes

Mi padre recorre el andén con pasos firmes /mientras desde arriba del tanque de agua veo a mi madre muy pequeñita en la ventana de casa- como si yo hubiera podido jugar con ella -tiende el mantel para la cena- como si fuera una de mis muñecas. Mientras mi padre asegura cerraduras, escritorios y la caja fuerte, /deseo no bajar del tanque de agua, quiero más tarde llegar como siempre tarde, medio rasguñada, con el pelo enmarañado y que madre me diga: No parecés una niña, cualquier cosa, una gitana. ¿Las gitanas nunca son niñas madre? Yo quería saber...Y nunca lo supe, hasta para eso llegué como siempre tarde para ver una gitana de mi estatura. A la Dolores le dicen gitana y mirá cómo anda.

Andaba madre-corrijo- se tiró a las vías. ¿De dónde sacás esas barbaridades? Y esa noche, como siempre, sonaron campanas en el andén hubo corridas algún grito, el tren es ruidoso siempre y desacomoda el sueño y los día suceden a veces sin sucesos y cuánto más me acerco al medio de la noche en la vieja estación de trenes, mi padre me sale al paso, me aconseja acostarme y descansar tanto que ahora ya ni regreso y la vida me aloja en sitios ajenos. Pero bien de madrugada me llegan los fantasmas de esos durmientes, /me cuentan vidas, hechos, leo cartas llegadas de Italia o de Siria o de Galicia...Tanta palabra en medio, tanta memoria huérfana.

Julio Carlos de Posada

Esquina

Desde la confitería Arcoíris el panorama es semejante a muchos en el mundo, igual a ninguno. Lo observo mientras tomo el primer café. Sé que sumarán tres al llegar el mediodía.

La mujer joven, rubia y delgada pasa en su bicicleta como todos los días. Cruza esta esquina, única. También la señora algo obesa que se protege del sol con un sombrero alado y carga siempre una cartera bordó. El librero de enfrente atiende su negocio. No pierde de vista las historias que recorren la vereda, muchas que después leerá. La gente y los autos compiten por cruzar.

El lugar tiene su propia luz, un ritmo, destellos como en cualquier gran ciudad. Distinto, es otro. El aire, la marcha de los autos, las vestimentas. Los olores y ruidos del barrio. Un

bastón resiste ante el andar frágil del hombre canoso con gorra. El brazo del muchacho alrededor de la estrecha cintura ciñe a la joven de minifalda celeste. Ella sonríe y mientras demora el paso, su mirada transmite deseo. La encargada del almacén revive al verlos la pasión que abrazó su último encuentro. Tal vez cierre temprano.

Los adoquines desparejos están desgastados Han sobrevivido así doscientos años y nadie ya los nivelará. Soportaron antes los caballos, las carretas, su peso, sus cascos, los héroes y la sangre. Los siento elocuentes bajo la lluvia, lustrosos, cubiertos de misterio. Quieren contar lo que han vivido aunque nadie escuche la tristezas que abundan en el pasado.

Cuando a media cuadra en el colegio suenen los timbres no habrá paz por largo tiempo mientras los jóvenes con su desparpajo remonten veloces las veredas expulsando a quienes no compartan su algarabía. Si llueve, no importa.

Ellos son el futuro y disfrutan con la lluvia. Los adoquines pasan por mudos, nada tienen que decirles.

Al renacer la calma, una elegante señora de palidez incomparable y prolijo peinado, cuidadas manos, lento andar, llegará por la vereda apoyada en el brazo moreno de una joven. Con ritmo cansino las dos persiguen un sueño: la joven vivir, la anciana seguir con vida. La primera deberá sobreponerse al tiempo antes que más historias cubran los adoquines.

Esta vez el segundo café se hace esperar. No parece tan fresca hoy la joven que los sirve. Su mirada algo vaga, su sonrisa ausente. La busco con la mía bajo su melena oscura. No la encuentro. Hoy, veo dolor en vivir, servir, pensar. Parece gemir sólo al transitar. Los adoquines la han visto tantos días ir y venir. La vereda conoce su luminosidad, su suave soberbio caminar. Alguien no la espera como la esperaba ayer.

La mesa más próxima se destaca hoy entre todas porque está vacía. Algunas ausencias no se logran acallar. No ha venido el lector de escaso cabello rubio, largas patillas, mangas arremangadas y anteojos juveniles que bebía a sorbos limonada, entre una página y otra. ¿Donde estará con la pila de libros que carga? ¿Se habrá perdido entre cuentos...? Nunca hemos hablado pero lo necesito como siempre en la mesa junto a la mía. Siempre supe por su mirada que el convive con sueños, los suyos y seguramente los que yo he dejado de soñar.

Cruza al fin el hombre con el portafolio colgado sobre un hombro. Su paso muestra su demora. Llega atrasado al encuentro con las cuatro bocacalles. Lleva agitado el pelo castaño revuelto, el saco azul abierto que exhibe su cuerpo plano y ágil. Antes de cruzar mira pensativo el agua que corre junto al cordón. Otra agua, la que arrastra lo que no quisimos ser, la que se lleva lo que no fue, las ilusiones... Pero

desvió la mirada.

En la vereda opuesta está el kiosco, y a metros el frutero exhibe orgulloso verdes de tonos varios, rojos, naranjas, amarillos. Joven, de pelo oscuro y enrulado, ojos grandes claros, su mirada es altanera. Está acostumbrado a triunfar. Hay logros que cobra diariamente en su huerta. Los presenta lustrosos en la vereda provocando admiración en el vecindario. Dicen algunos que en las noches de luna duerme sobre la tierra, sintiendo el vigor natural que brota y lo impregna. Ha aprendido la serenidad del tiempo eterno, los ciclos de la vida que nunca se rinden. El latir que lleva la sangre y la savia.

En la ochava de la cuarta bocacalle está La Velocce. Veo salir a mi vecina, la que nunca viajará a ningún lado. Tiene ya almacenadas cubiertas, inflador, termos y asientos nuevos para cuando inicie su viaje. Será en otoño con el aire más fresco; en primavera que no hace tanto frío; en invierno que llueve menos o cuando algo en su interior le

de permiso. Está sola en el mundo y le cerró la puerta hace tiempo a su esperanza cuando optó por ser guardiana de parientes enfermos. En pocos días volverá, tal vez porque sueña alistar su bicicleta pero quizás porque las manos grandes y hábiles de Franco le resulten seductoras. Recuerdo que la he visto alguna vez tarde, al fondo del cobertizo, esperando un abrazo,... una caricia, mientras la bicicleta aguardaba en la vereda.

Cuando llegue el momento pediré, reflexiono con mi tercer café, si es que aún sobrevive, alguien a quien le importe, que me entierren en este pedazo de mundo. Este que es mío y de tantos. Intento convencer a los adoquines que me acepten aunque lo dudo, ya que a medida que se acumulan los años crece su indiferencia. Yo sé que hay otros que me precedieron y deben montar guardia ante esos caídos.

Pero yo no les pediré casi nada. Sólo que me permitan entre ellos seguir siendo parte de la esquina, de esta historia que trasciende, esta que soñamos, que no tiene fin.

Irene Fassi

En blanco

Hermano:

Si estás leyendo esta carta significará que estoy muerto. Desde este sur, frío, imagino tu sorpresa y desconfianza. No dolor ya que supongo que me creías muerto desde hace muchos años. Desde que renunciaste a buscarme. ¿O me dejaste de buscar porque algo te decía que era mejor así, mejor para mí y para todos? Nunca dejé de pensar que en cualquier momento podías aparecerte a la vuelta de la esquina. Te estarás preguntando si soy yo. Te lo puedo probar. Sé de qué manera te hiciste la cicatriz de la cara. Fue en el juego de tirarnos por las escaleras del negocio, montados en los enormes canastos de mimbre del lavadero. Un día el tuyo dio una

vuelta de campana en la mitad de la bajada y aterrizaste de cabeza en/ los escalones. Me parece que fue la primera vez que te vi llorar. Yo me asusté mucho, no por vos que tenías la cara llena de sangre, sino por la paliza que sabía que nos iba a dar el viejo. Siempre creí que vos llorabas por lo mismo. La paliza se me mezcla con otras, pero sé que la tuvimos los dos. O te puedo contar cuál era el escondite de los cigarrillos que le robábamos al viejo: el último cajón del mueble del lavadero. Vos me decías: éste viejo sucio nunca va a venir a buscar nada acá. De mamá no había que esconderlos, ella sabía que fumábamos.

Bueno, si me lloraste hace veinte años, andá sabiendo ahora que ésta será la segunda vez. A lo mejor te intriga por qué hice esto, esconderme, hacerles pensar que estaba muerto. ¿De verdad me buscaste todo un año? ¿Por qué paraste, no sentías que podía estar vivo? ¿Sabés las veces que me imaginé que me estabas esperando en la

pieza de la pensión cuando volvía del laburo? Al final, hace unos años, un día cualquiera me convencí yo también de que estaba muerto. Me puse en pedo y me velé a mí mismo toda la noche. Me acosté en la cama boca arriba, duro, con los brazos cruzados en el pecho. Cerré los ojos con fuerza, me imaginé a mamá sentada, mirándome con esa cara de amargura que tuvo siempre. ¿Viste que mamá tenía cara de estar triste aunque estuviera contenta? Creo que nunca te lo dije, me doy cuenta ahora. ¿Vos sentías lo mismo? Pensando en mamá ahí acostado, haciéndome el muerto, me largué a llorar como un pelotudo. El casero debe haberme escuchado porque me golpeó la puerta, me parece que creyó que estaba con una minita... ¡Ja!

En la época en que me fui al sur ni te imaginabas en qué andaba yo. Mamá algo sabía. Cuando me iba de noche me miraba y parecía que me iba a decir algo, pero no, nunca dijo nada. Vos ni te imaginabas, creo. Era tu hermano

menor, cómo iba a ser un criminal. En realidad me fui al sur después de matar a un tipo por encargo. Les pido perdón ahora, aunque sea tan tarde, por más que tenés razón de pensar que soy un desgraciado, les pido que me perdonen, a mamá, que en paz descanse, y a vos también. Por todo, por el engaño, también por la vida que llevaba y que ustedes no conocían. Disculpame también la letra, es esta lamparita de porquería que no alumbra nada.

Bueno hermano, me estaba congelando, me preparé un café bien caliente, con gotas, como lo tomaba el viejo. Aunque lo de él eran más bien muchas gotas con un poco de café ¿no?

Te sigo contando, el trabajo que había hecho varias veces, esa vez salió mal. El tipo terminó muerto, como me habían pedido, pero a mí me vendieron y la poli me fue a buscar. No me encontraron en casa, yo había pasado la noche en lo de Beba. Juancito, que vio llegar a la policía desde la casa de enfrente, me avisó. Me rajé al

sur ese mismo día, con una mochila y con los mangos, que había cobrado por el trabajo, en el bolsillo. A Juancito lo mandé a que fuera a casa y les avisara a ustedes que había visto como los polis me pegaban y después me metían en una camioneta. Me dijo que se lo creyeron, que me buscaron en hospitales y comisarías, y que hasta hicieron la denuncia al fiscal de turno. Él me tuvo al tanto todos estos años de lo que pasaba en casa. Ustedes habrán creído que era un buen tipo, un buen amigo que seguía visitando a mi familia. Sé por él que un año después dejaron de buscarme y se convencieron de que estaba muerto. Yo ya estaba instalado en el fin del mundo. Por algo le llaman así a este lugar de mierda. Es el fin de todo, no hay vida, la gente está siempre encerrada y cuando ves a alguien por la calle parecen todos presos que salieron a dar una vuelta. En primavera y verano revive un poco. Llegan turistas en excursiones, dan una vueltita al pueblo, miran el lago, sacan fotos. Es la época

más brava para mí, la gente está cada vez peor con las fotos, las filmaciones. Me la paso escondido de octubre a febrero, no vaya a ser que aparezca en el fondo de alguna foto. Conseguí documentos, por acá pagando se consiguen. Me dejé crecer el bigote y el pelo y me dieron trabajo en una estación de servicio. Muchos camiones pasan por acá. Con los camioneros de Buenos Aires siempre charlamos y me cuentan cosas. Después de alguna charla de esas me agarra una pena que me dura varios días.

Aguanté tantas veces las ganas de ver a mamá, también de hablar con vos y decirte que estaba bien, que no te preocuparas por mí. Estaba seguro de que si tenían la menor duda de que estuviera vivo iban a meter la pata, me iban a deschavar con cualquiera. O iban a querer encontrarme. No me podía arriesgar, hermano, perdoname. Hasta a la Beba la engañó Juancito, eso me dijo. Le contó el mismo verso que a ustedes. Cada tanto le pregunto por ella, me dice

que al poco tiempo desapareció del barrio. Me da mala espina que se haya ido así, y que Juancito no supiera más de ella.

Nadie sabe nada de mi vida antes del sur. Acá nadie sabe nada, allá me siguieron buscando. Juancito me tuvo al tanto todo este tiempo. Me mandaba alguna carta con las novedades. Solo cartas, nada de llamadas. Además ni celular tengo. Algún año parecía que las cosas se habían calmado, que ya no me recordaban. En otros momentos me escribía que me cuidara, que mirara con cuatro ojos a todos los que aparecían por el pueblo. Te estarás preguntando por qué elegí a Juancito para hacer lo que tendrías que haber hecho vos, la verdad es que no sé, creo que se dio así, él y yo andábamos en la misma. Él todavía no estaba tan enganchado. No se había cargado a nadie. Decía que me admiraba. Pobre diablo, quería ser como yo. Cuando me fui, largó las juntas y los contactos y se buscó un laburo decente. Cartoneó unos meses hasta que un

puntero le consiguió un trabajo en la Municipalidad, y ahí se quedó en blanco y honesto. Doble vida es solamente su contacto conmigo.

Muchos años viví acobardado, mirando por encima del hombro. De la pensión a la estación de servicio y de vuelta. Me encerraba todo el fin de semana, salía solo para comprar comida y cigarrillos. Hay algo gracioso, te vas a reír, ¿te acordás de nuestra película favorita? Bueno, la conseguí en DVD y la vi yo solo, acordándome de las veces que la vimos juntos. Cada vez que ella le decía: corre Forrest, sentí que estabas acá conmigo. Me tomaba unas cervecitas, las mías y las tuyas y hacía las voces de los dos, igual que cuando la veíamos juntos: Soldado Gump, ¿para qué estás aquí? Para hacer todo lo que usted mande mi sargento. Demonios Gump! Es la mejor respuesta que he oído en toda mi vida. Todas las veces que la veo termino llorando cuando dice: Yo no sé si mamá tenía razón o si la

tiene el teniente Dan, yo no sé si todos tenemos un destino, o si estamos flotando casualmente como en una brisa. Pero yo creo que pueden ser ambas, puede que ambas estén ocurriendo al mismo tiempo. Qué lo parió, ¿vos la volviste a ver y a decir los diálogos conmigo desde allá? Me gustaba pensar que sí. Eran los momentos más difíciles, esos y cuando Juancito me avisó de mamá. Yo sé que se murió, pero, para mí está viva y está igual que cuando me fui de casa.

La mía no es vida, hermano, es miserable, infeliz por donde la mires. No tuve amigos, ni mujer, ni familia. No podía, no confiaba en nadie. El último encargo fue mucho, yo estaba cebado, todos los anteriores habían salido bien. Me enteré de quién era el que había matado, quién era de verdad el tipo, cuando ya era tarde. Se ve que tenían planeado que yo cagara cuando me iban a detener, me pensaban ejecutar para que no cantara nada. Por eso no podía confiar en nadie, ni allá ni acá.

Y un día, hace dos meses, me di cuenta de que me habían encontrado. Empecé a ver caras nuevas en mi camino, el pueblo es chico y en el barrio todos se conocen. Hace unos días encontré un papel en blanco, nada escrito, pinchado con una chinche en la puerta. Flotaba con el viento maldito que hay siempre acá. No decía nada y lo decía todo.

Por eso ahora, en una noche de nevada, estoy escribiendo esta carta. Se la voy a mandar a Juancito. Tenemos un código para comunicarnos. Si cuando intente contactarme no lo consigue, ya sabrá que me encontraron y se va a encargar de que te llegue la carta. Por eso es que sé que en este momento te estás enterando de todo.

La nevada es intensa, hace dos días que no para. Los caminos ya están casi intransitables. Veo la calle desde la ventana. La nieve acumulada tiene como medio metro de altura. Un silencio blanco lo envuelve todo. Amortigua los sonidos.

Calla los pasos que llegan, pero también, se me
ocurre ahora, los que se van.

Chau, hermano.

Sonia Figueras

Como arena del mar

Salió de la casita de la calle Malaespina como osa de la osera. En busca de.

Llegó hasta la costa,

A cierta velocidad venían un coche y el colectivo que iba hasta aquel «Pinocho». Colectivo de caritas con sueño unas y otras exultantes con ojos a la inmensidad de ese mar... - ¡era Quequén! – y algunos personajes inciertos. El trayecto era corto y no le dio el tiempo de su minuciosa observación. Vio una vaca, pobres vacas, pensó, embretadas en el camino al matadero para el mazazo final.

Bajó. Quiso ser vaca en el matadero para no oír las bocinas de la Díaz Vélez que sonaban acompañadas de insultos, que no tenían principio ni fin y ella, ella en el medio.

- Vieja, ¿te querés matar? alguien gritó ;no vas a durar mucho así! ;No terminás el veraneo!

Dio la vuelta y enfiló para atrás, la que le decían «la principal»

Con pasos cautelosos, tambaleó en el ripio, las espaldas cargadas de piedras, de ésas que pesan, no tan segura como otrora. Caminó. No sabía hacia dónde. De momento no tenía idea adónde le tocaba transitar. En su bagaje llevaba cansancio de años y la tristeza de los tréboles cuando están marchitos.

Por momentos no supo por cuál lugar andaba. Por instantes creyó conocer el camino. Iba camino al Faro, ese Faro al que nunca se le había atrevido y que tantas veces miró desde su casita tan habitada entonces,

Agotada se paró junto a una mata del «bosquecito» bajo un árbol deteriorado como ella, se sentó en una piedra y la vida se le vino encima.

¿Había sido buena? ¿Mala? ¿Había sido algo? ¿Sabían sus amores de su amor por

ellos?...y como en un partido, pero sin hándicap, llegó a la conclusión de que todo había sido vano.

Se animó, Subiría.

En sus desprolijos pensamientos imaginó que se caería del último escalón.

Ascendió cansina, en el cálculo de apoyar cada pie en cada peldaño. Miró a los costados, y un cierto vahído le sobrevino, ya erguida enfiló hacia arriba y adelante sin dar vuelta la cara y desde lo alto de ese faro inaccesible para ella se perdió en el recuerdo buscándose, como minúscula arena que puebla el profundo y hermoso mar de Quequén.

Se encontró.

César Arturo Humberto Heil

Los viajes de Ulises

Ulises viajó dos veces en su mediana vida, éste era su tercer viaje y esperaba, fuera el último. La monotonía, la falta de pasión en el matrimonio y el agobiante esfuerzo por tener que trabajar todos los días más de doce horas para poder subsistir, habían hecho que tomara tal determinación.

Salió del cuarto muy despacio, tratando de no despertar a su esposa, que dormía profundamente en la oscuridad del dormitorio. Fue al baño y al cerrar la puerta detrás de sí, sintió la seguridad que le proporcionaba ese cúbico recinto. Las paredes cubiertas de azulejos blancos y luminosos eran como un maternal resguardo a la hora de tomar decisiones. Abrió

la canilla; el agua helada le refrescó las articulaciones de sus dedos y los músculos de su rostro se crisparon al mojarse. Parecía un día como todos, el agua fría, el cepillado de sus gastados dientes, la afeitada diaria y el peine, acomodando su escaso y entrecano cabello. Pero Ulises sabía que esa mañana no era como todas. Se vistió lentamente, buscando cada prenda con metódica armonía. Abrió su bolso de viaje, ese que ya había usado en sus anteriores partidas, lo llenó con cosas que fue sacando del placar y lo cerró sin hacer el menor ruido.

Su mujer soñaba sobre una inmensidad de sábanas, solitaria y ajena a su partida. Se inclinó y besó su frente con la suavidad de un «cirujano» y sintió que su corazón le latía con más fuerza. Se incorporó, tratando de no dejarse llevar por los impulsos. Tomó su bolso y salió del cuarto rápidamente.

Entró en la habitación de sus hijos y se acercó a ellos. Eran como dos angelitos

durmiendo en los brazos de su creador. Acarició aquellos rostros perfectos, esculpidos con el cincel de un prodigioso artista, sus labios le temblaron y una lágrima inundó sus ojos llenos de silencio.

-¡No nos dejes, papá!

Las voces en su cabeza le desgarraron la garganta, le quebraron los huesos y le anudaron el corazón. Ulises sabía que no podía ceder, que la determinación estaba tomada y que su partida era inevitable.

Salió del dormitorio como espantado por algún inimaginable espectro, con la angustia contenida en su boca.

Comenzaba a amanecer, la cocina se iba iluminando con los primeros rayos del sol veraniego, Ulises entró en ella con el bolso aferrado a su mano y la firme decisión de irse.

La pava, posada sobre la hornalla, parecía invitarlo desde la penumbra. Decidió que todavía era temprano y que podía cebarse unos amargos.

Mientras el agua se calentaba, Ulises imaginó el lugar a donde se dirigía. Playas, sol y un mar inmenso y cristalino lo esperaban. Pudo sentir la dorada arena jugando entre sus manos y el refrescante océano mojando las plantas de sus pies. Contempló bellísimos amaneceres y dorados atardeceres. Visitó ciudades rutilantes y fascinantes paisajes, conoció mujeres hermosas y divertidas y compró regalos en grandes cantidades.

El silbido de la pava lo arrancó de aquel maravilloso paisaje. Se incorporó, algo desconcertado, y preparó el mate. El fuerte sabor de la yerba recién cebada le reconfortó la garganta. Se sirvió un segundo mate y lo bebió lentamente, saboreándolo en cada sorbo, tratando de eternizar ese momento.

Luego de beber algunos mates más, encendió un cigarrillo, dio una profunda aspirada. El humo le infló los pulmones y le tiñó sus dientes castigados con nicotina. Miro su reloj, eran más

de las cinco y pensó que ya era hora de partir. Lavó el mate, guardó la pava como lo hacía todos los días y se dispuso a iniciar su viaje. Estuvo a punto de dejarle una nota a su mujer, pero pensó que no era conveniente y que ella entendería su determinación.

- Ulises, ¿ya te vas?

La voz lo sorprendió en la puerta, y detuvo su temblorosa mano sobre el picaporte.

- Todavía es temprano - Volvió a decir la voz de su esposa. Estaba parada frente a él, con el camisón arrugado y el sueño aún en su rostro.

- Es que hoy entro más temprano, Juan está de vacaciones y tengo que reemplazarlo en el turno.

- ¿Venís a cenar?

-Sí, claro, como siempre...

Su mujer se acercó y lo besó con tibieza en la frente.

- Dale un beso a los chicos – dijo Ulises, y sus palabras fueron apenas audibles. Tomó su bolso y se lo colgó del hombro.

-Te olvidas el almuerzo...

Su mujer le extendió la bolsa con la comida.

- Sí, gracias...

Ulises tomó el paquete con resignación y salió rumbo a la fábrica, como todos los días. Este, había sido su tercer viaje, pero no el último.

Forge Mesía Hidalgo

El gavián pico roto

En el bohío humilde de una chacra, rodeado de campo florido y montañas verdes vivía un niño amante de los animales. El niño Juanito, además, se aprestaba a asistir a la escuela a culminar sus estudios de primaria. Si fuera por él, jamás asistiría a la escuela y se quedaría toda la vida en el campo, para disfrutar el aire fresco y limpio, para bañarse todos los días en la pequeña quebrada de aguas limpias y cristalinas, escuchar el melodioso canto de cientos de aves de todo tipo y, sobre todo, para ayudar a sus padres en el cuidado de animales de corral que criaban, como gallinas, cerdos, patos, algunos vacunos y tres acémilas por los que tenía especial predilección.

Casi todos los días, al promediar la tarde, salía con su papá, don Atanasio, montados, cada uno, en un caballo, a vigilar los ganados y otros animales en el campo. Esta actividad agradaba mucho a Juanito porque le daba la oportunidad de ver a su padre en las labores cotidianas y aprender de él los detalles para la buena crianza de animales y conservar el medio ambiente, como tantas veces se lo mencionaba. Fue en una de esas tardes que, estando en campo abierto, el papá de Juanito escuchó el chillar de un gavián.

—Juanito, amarra tu pañuelo en un palo y vete a proteger a los polluelos y las gallinas, porque el gavián pollero ya los vio y puede atacarlos, —dijo, don Atanasio, indicando con el dedo el lugar donde se encontraban pastando las aves y sus crías.

Juanito, dejando su caballo a cierta distancia, se acercó al grupo de gallinas y sus polluelos, con el pañuelo en un extremo de un palo, para ahuyentar al gavián. El ave rapaz que

volaba en círculos mirando hacia los polluelos chillaba y chillaba sin cesar. Juanito, mirando hacia arriba, le dijo:

— ¡Apártate, gavián, no te llevarás ningún pollo!

— ¡Tranquilo, niño, no quiero llevarme ningún pollo, sólo quiero contemplarlos!, — respondió, el gavián, lo que sorprendió en demasía a Juanito.

— ¡No, vete de acá!, ¡gavián malo, sólo quieres atrapar a los polluelos para llevártelos!, ¡vete de acá!, —replicó, Juanito, tapándose los oídos.

El gavián bajó a posarse en la rama de un árbol cerca de donde se encontraba el niño.

—No soy un gavián malo, —dijo, el ave rapaz, —si te acercas un poco te darás cuenta que he perdido parte de mi pico y mis garras en un combate con otro gavián.

— ¡Mientes, seguro quieres agarrarme a mí también!, ¡vete, o llamaré a mi papá para que te dé una buena paliza!, —dijo, el niño.

— ¡No!, no lo hagas niño, sólo quiero un poco de comida porque tengo mucha hambre, —respondió, el gavián, apesadumbrado, — mírame, ¿cómo atraparía un polluelo si no tengo garras para hacerlo?, ¿de qué me serviría llevarme un polluelo, si no tengo pico para comerlo?

Juanito, dudando un poco de las palabras del gavián, se acercó sigilosamente. Efectivamente, el ave rapaz tenía el pico roto y las garras astilladas, estaba condenado a morir de hambre. Juanito dio dos pasos atrás.

— Es cierto lo que dices, —observó, el niño, —pero algo no está bien en ti, ¿cómo es que hablas?, porque yo te escucho y te entiendo.

— Je, je, je, —rió, débilmente el gavián, — no hablo, buen niño, sólo chillo, pero tienes un gran corazón y quieres mucho a los animales,

que mis chillidos se convierten en palabras para ti.

Juanito se acercó nuevamente al gavilán y pudo comprobar, una vez más, que su pico y sus garras no le ayudarían en nada para alimentarse. Volteó a mirar a su padre, quien también lo estaba mirando.

— ¿Qué pasa, Juanito?, ¿y el gavilán?

— ¡Está acá, papá, descansando en una rama!, —respondió.

— ¡Pero, ¿qué dices, hijo mío? ¡Ahuyéntalo, lo más pronto posible, te puede atacar a ti también!, —dijo, el padre, desde la distancia.

— ¡No puede, papá, está herido, tiene el pico roto y las garras también!

Entonces, el papá de Juanito se acercó para verlo de cerca y ahuyentarlo, lo cual era su intención.

— ¿Dónde está?, —preguntó, al llegar junto a Juanito.

—Se escondió, papá, en ese árbol, pero lo vi, y me dijo que se rompió el pico y las garras en una pelea con otro gavián.

—Ah, Juanito, hijo mío, ¿de cuándo acá los gavilanes hablan?, —dijo, el papá, sonriendo, incrédulo, —agita tu pañuelo si vuelve y llámame si es necesario, terminaré el trabajo allá, — culminó y se marchó.

Juanito miró el árbol y el gavián volvió a la rama.

— ¿Por qué te escondiste?, mi papá te hubiera visto y escuchado, ahorita los tres estaríamos contentos.

—Tu papá jamás me escucharía, tiene el corazón como una roca y no quiere a los animales como tú, Juanito.

El niño miró a su padre, a la distancia, miró a las gallinas y los polluelos y volvió la mirada al gavián.

—Escucha, gavián, te daré algo de comer sólo si me prometes no atacar a los polluelos ni a las gallinas.

—Es imposible que los ataque, no puedo, estoy herido, —respondió.

— ¡Promételo, solemnemente!, —dijo, enérgico, el niño.

—¡Está bien!, ¡caramba, niño, me asustas!, —dijo, el gavián, mientras, Juanito lo señalaba con el dedo índice, —¡lo prometo, solemnemente!

—Te traeré comida, mientras tanto vigilas las gallinas y sus polluelos, ¡pero, no lo olvides, si rompes tu promesa, mi papá te dará un buen escarmiento que no olvidarás jamás!

—No lo haré, Juanito, es más, podemos llegar a un buen acuerdo, yo te ayudo a vigilar tus aves y ahuyento a otras aves de rapiña y tú me das comida todos los días, ¿qué te parece?

Juanito sonrió ampliamente y aceptó encantado. Desde entonces Juanito y el gavián

pico roto son amigos. Ambos cumplen la promesa hecha. Nunca más desaparecen los polluelos o las gallinas, el gavilán pico roto los vigila desde el aire y cada vez que tiene que comer baja a posarse en la rama de un árbol donde Juanito lo espera con sus alimentos.

Cristina Beatriz Monte

Pisando umbrales

Raúl entró a la farmacia como lo hacía siempre, casi corriendo. Su figura dejaba en los demás una leve sensación de inquietud. Alto, casi un metro noventa, desgarbado; sus ojos de pupilas azul claro, desorbitados, parecían ver sin mirar. Quizá, lo que más llamaba la atención, era la incoherencia de ver su rostro perfectamente afeitado en contraposición con sus uñas demasiado largas y sucias.

Entró, también como lo hacía siempre, gritando: "La vida por Perón, Cavallo un cabrón". Algunos sonrieron. Otros, en cambio, aún alterados por la inminente irrupción de su persona en el local, giraban su rostro hacia otro lado sin dejar de mirar de reojo al fantástico personaje del barrio.

- Che, farmacéutico, ¿sabés por qué PAMI no te paga los remedios?

- Sí, -le respondió Osvaldo visiblemente molesto- lo sé, no tienen plata.

- No, -le gritó Raúl-, plata tienen pero se la afanan ellos, loco, se la afanan ellos.

- Vio, vio, lo dejaron libre -le dijo a una señora de cara redonda y vientre abultado que esperaba, con su receta en mano, ser atendida-. ¿Viste que clonaron a la oveja Dolly? - le preguntó a una joven muy bonita, de ojos verdes y mirada tierna-. Ojalá te clonen a vos, dulzura, para que disfrutemos el doble de tu belleza-. Y rió fuertemente.

Sin dejar de caminar por el local, con pasos firmes y apresurados, comenzó a decirles a los clientes que el Servicio Meteorológico había anunciado fuertes tormentas para el fin de semana y a recomendarles que no sacaran las bolsas de residuos si comenzaba la lluvia.

- Hay que evitar las inundaciones, nosotros tenemos que evitarlas porque al intendente no le importa, no hace limpiar los desagües. ¿Cuánto hace que no destapa los desagües? ¿Sabés vos? le preguntó a Don Alonso, un antiguo cliente de la farmacia.

- No, no sé. - le contestó el hombre.-

- Hace más de diez años, loco, más de diez. La última vez que las limpiaron yo le repartía volantes a la remisería de la vuelta. No fume viejo, no sabe que le hace mal a los pulmones. Dame ese cigarro... -le gritó al farmacéutico- dámelo.

Oswaldo se lo dio. Raúl le dio una larga pitada. Y, mirando la voluta de humo agrisado que subía, con los ojos perdidos quizá en algún recuerdo, dijo suavemente:

- No sabes que trae cáncer de pulmón.

Oswaldo le consultó a la señora de cara redonda y vientre abultado si le permitía atender a Raúl antes que a ella.

- Sí, por favor. -Le dijo la mujer.

- Raúl, dame la receta. ¡Raúl!...

- No, che, hoy no compro nada. Vine a pisarte el umbral. Y mirando a la joven de ojos verdes le dijo:

- Yo le rezo a Santa Suerte, ella me oye y me hace sus milagros. Siempre me dice que pise el umbral de mis amigos porque allí se esconde el Diablo para ahuyentar a los clientes, no los deja entrar, crea una fuerza magnética muy poderosa que los empuja a la vereda. ¿Y que pasa entonces con mi amigo? No trabaja, loco, no trabaja, le dijo a Don Alonso. Y si no trabaja no gana plata y si no gana plata, no come. ¿Dónde queda la dignidad de una persona que no puede mantenerse a sí misma y a su familia? Por eso yo piso al Diablo que se esconde en el umbral.

Santa Suerte me ordenó que lo hiciera.

Sin decir más giró en redondo, caminó hacia la vereda, se colocó frente a la entrada al local, miró a izquierda y derecha y luego, luego observó el umbral, lo miró fijo, sus labios se movían lentamente como en un rezo, estaba cumpliendo su ritual. De pronto, levantó una pierna, la derecha y pisó fuertemente el trozo de granito negro. Su semblante reflejó una sonrisa satisfecha, entonces, como siempre, se fue casi corriendo.

Los clientes de la farmacia se miraron entre sí comentando lo que habían presenciado. Nadie le creía, por supuesto. Y la gente hace bien en no creerle... ¿Quién podría creer que una oveja puede ser clonada?

Rusvelt Julián
Nivia Castellanos

El cuentista

El joven entró a su habitación. Fue hasta el escritorio que tenía allí; se ubicó en la silla, extrajo de la gaveta varias hojas con un lápiz y se puso a escribir. De repente, fue creando un cuento de esos maravillosos. Según como pensó; erigió a dos personajes con precisión. Les dio forma extraordinaria. Los hizo por medio de alusiones. Ellos parecían ser hombres de verdad. Entre sus voces, por sus tendencias, conversaban tanto así que hasta alcanzaban a exteriorizar sus sentimientos. Eso claro al narrador lo impactaba. Se daba cuenta de cómo originaba esta obra universal. Además, intuía la ruptura de la realidad con el plano espacial.

Tras lo fulgurante, fue inventando una tierra de selvas naranjas. Allá siempre había una luz estelar. En medio de la magia, los dos protagonistas subían por una montaña frondosa. Paseaban con la sonrisa en sus caras. Andaban por entre muchos arbustos. A su creación, ambos seres tenían la piel mestiza, sus ojos eran azabaches. Y el uno era calvo mientras el otro tenía el pelo encrespado. Esto fue lo que quiso el escritor, quien fue poético con sus descripciones. Hacia lo seguido, los dos viajeros se adentraron en una gruta de esmeraldas. Cruzaron la entrada penumbrosa. Avanzaron por entre las rocas. Más juntos, pasaron por un estrecho donde había múltiples cigarras. Las contemplaron durante unos instantes. A ellos este milagro natural los esperanzó, los puso a fantasear. Allí estuvieron efusivos. El mismo paisaje los refrescó. Para lo otro preferido, las dejaron a ellas atrás con sus velos, con sus cantos. Y de nuevo, los dos emprendieron rumbo a su destino.

Bien, ellos llegaron en poco tiempo a un pozo de aguas azules. Pronto, se metieron al fondo de ese hueco como si fueran experimentados. Felices, se consumieron en lo lucífero y nadaron hasta ir a lo desconocido. Cadenciosamente, recorrieron varios bosques de algas, vieron distintas ruinas de barcos y una vez allá en lo inhóspito, ambos seres se purificaron, fueron perfectos.

En cuanto al literato; antes del fin, se liberó.

Alvit Oillart

El viejo de la casona

En la cuadra, donde viví durante mi infancia, había una casona antigua. Tenía un parque grande con pinos, eucaliptos y paraísos. El terreno, media más de cincuenta metros de frente y llegaba hasta la esquina donde tenía la parada el colectivo 624, que transitaba por calle de tierra. Continuaba luego la línea irregular de un bosque frondoso hasta encontrarse con un cerco de alambre, cubierto por enredaderas, ligustrinas y otras plantas, que dividía la humilde casa de una conocida cantante de tangos.

A la casona se ingresaba por la calle perpendicular al trayecto del colectivo. Y sobre el enrejado donde sobresalían las flores de los falsos duraznillos se encontraba el

garaje. Aproximadamente a cuatro metros, una pérgola de caños oxidados donde se desarrollaban ramas, hojas y hermosas brevas, cubrían la entrada del portón negro, de desgastada pintura que hacía años que no se abría. Bajo su sombra solía estar sentado un anciano. Él, siempre con boina negra y bastón. Bufanda en el invierno. Parecía ser un objeto más en ese escenario verde, como esos enanitos que se compran para decorar el jardín. Su rostro era serio. Su mirada penetrante.

Todos los comentarios de los vecinos aseguraban, que conservaba a su esposa embalsamada dentro de un féretro, y que el alma de la difunta merodeaba la vieja casona por las noches

Un día, ante mi curiosidad miré al hombre, lo saludé con temor. Él no contesto.

Al segundo día, de regreso de la escuela llevando de la mano a mi hermana, (que

tropezaba continuamente con las raíces de los árboles que sobresalían de la vereda de ladrillos) sentí el grito de una garganta avejentada

- ¡Cuidado! ¡La vas hacer caer! ¿No ves, que ella da pasos más cortos y es más lenta para caminar, porque es más pequeña?

Me detuve y miré hacia el lugar, donde creí haber escuchado la advertencia. Mi cuerpo se congeló, cuando lo vi parado en la puerta principal de la reja y apoyado sobre el bastón. Continuó dándome consejos, mientras yo, empalidecía y enrojecía sin saber qué decir. Debí darse cuenta, porque me dijo que esperara antes de irme. Lo vi caminar hacia el parral y con el bastón golpeó dos brevas enormes. Las atajó con el brazo cerrado y cayeron sobre el hueco del codo. Las tomó con su mano libre y me las dio en señal de amistad. Desde ese momento todo fue diferente. Me apuraba, pero solamente para poder conversar con él, cuidando siempre que mi hermana no tropezara.

Fue un año de charlas sobre distintas cosas. Me preguntaba de la escuela, de mi familia, y todas esas preguntas que hacen los viejos. Hasta que un día, me enteré por un vecino que compraba en un comercio, que el viejo de la Casona había sido un juez muy importante. Salí a prisa y no veía la hora de llegar para preguntárselo. Pero, ese día solo me respondieron los pájaros con su piar incomprensible. No recuerdo, cuanto tiempo pasé esperando que saliera a descansar bajo la sombra de las brevas. Mi mirada se deslizó entre el follaje hasta la ventana del primer piso. Levanté mi mano saludando al aire, como si lo hubiera visto. Deseaba que me viera. Que supiera que estaba esperándolo.

- ¿Qué hacés ahí, parada? - me dijo secamente, una mujer de estatura baja, de cabello rubio con algunas canas, a la que no había visto salir de la casa.

- Quería saber como estaba el abuelo. ¿Está enfermo?

-Ahora...está bien- respondió y cambiando el tono de voz- ¡Ah! vos sos la chiquita...Mi hermana me contó que te había visto varias veces conversando con mi padre. Hasta ahora, yo no sabía quién eras. Pasan tantos chicos por esta vereda...y algunos hasta tiran piedras, se meten por los agujeros del alambre a robarse las palomas del palomar...- y habrá visto mi cara de ansiedad por saber de la ausencia del viejo, que sin le volviera a preguntar, me respondió - Él, me dijo que te mandara saludos.

- Dígale que yo también... le mando saludos y que se mejore – respondí con nerviosismo, luego, retrocedí unos pasos y le di la espalda caminando apresuradamente hacia mi casa. A la vez, sentí que unos ojos me perseguían...

Pasó un tiempo. Las flores del falso duraznero, seguían adornando el cerco del frente de «La Casona». Los pájaros revoloteaban en lo alto de los pinares. Los polluelos piaban. La brisa se transformaba en dulce aroma de glicinas que serpenteaba en los patios. Ya era hora de que el anciano, saliera a ver el sol y que se sentara bajo la planta de brevas. Comencé a notar mi desesperación por saber qué le pasaba. Me vi frente a la puerta, golpeando las palmas de mis pequeñas y delgadas manos. Una contra otra, golpeándolas cada vez más fuerte, más fuerte... gritando - ¡Abueloo!- hasta que salieron las dos hermanas, sorprendidas por el alboroto.

- Hola ¿Y el abuelo?

- ¡Pobrecita! ¡Pobre chiquita!- dijo la mujer obesa, mirándome con ojos llorosos

- Mi papá falleció - contestó secamente, la rubia solterona.

¿Cómo es que los vecinos no se habrían enterado? ¿Habrían hecho un voto de silencio? No sabía que decir en estos casos. Apenas pude responder.

- Oh, bueno, discúlpeme...

No pude preguntarles ¿Cuándo? ¿En que momento? Y reprocharle - ¿Por qué Uds., no me lo dijeron? Tenía la mente en blanco. Mis pies caminaban solos y mi cuerpo parecía flotar. Los latidos del corazón corrían velozmente hacia una encrucijada. Cansados llegaron hasta mi refugio de consuelo, pero, no lloré. Ese día no. Mantenía la esperanza que todo hubiese sido una cruel mentira. Hasta que desperté de mi oquedad. Comencé a sentir sentimientos de odio, de impotencia, no sé... Él se había ido, así nomás, como lo digo y no podía perdonarlo. Estaba Indignada. Se había atrevido a morir, sin despedirse de mí.

Carlos F. Pérez de Villarreal

Buscando

Llovía, persistentemente, como casi todos los días en esa época del año, con esa llovizna húmeda y fría que calaba hasta los huesos.

Había vuelto a la ciudad, su ciudad, luego de casi diez años.

Diez años recorriendo América. Buscando, siempre buscando.

Caminos que ya no eran los mismos. Demasiado tiempo.

Lo primero que hizo al llegar fue transitar el viejo barrio, sus esquinas conocidas, sus veredas, su antigua casa familiar.

Luego fue hacia el centro: la peatonal, las avenidas, los negocios comerciales, todo estaba como lo recordaba.

Llegó hasta el puente. Desde allí se veía toda la bahía.

Divisó el edificio que lo albergara durante tantos años de trabajo.

Una punzada de nostalgia le arrancó un gemido del pecho.

«*Sónkop Ujúmpi*» se dijo, «*en el corazón, más adentro*», como decía Atahualpa.

¡Cuántos años!

Escuchó el sonido del potente motor de la moto bajo sus piernas, sintió su fuerza y miró el sidecar cubierto con una lona especial, hecha hacía mucho tiempo atrás. Permitía mantener seco todo el contenido. Lo indispensable para vivir.

Era el mejor vehículo encontrado en su diario caminar.

Cruzó la plaza y se dirigió al hotel, aquel tan recordado.

Subió las escalinatas y se puso a resguardo.

El mar estaba brumoso por la lluvia, pero aún se dibujaba la línea del horizonte. Calmo, con olas pequeñas que besaban la playa de arena casi dorada, parecía que se mantenía a la expectativa por la falta de viento.

Bajó rápidamente con un extraño presentimiento y se dirigió hacia el palacete antiguo que tan bien conocía. Buscando, siempre buscando...

Le costó llegar, la zona había cambiado bastante, pero al final lo encontró.

Había sido una falsa alarma. Creyó, como lo hizo siempre ante cualquier atisbo de duda, pero no. La verdad era irrefutable.

En sus jardines encontró la flor, pequeña, roja, casi púrpura y por reflejo la arrancó y se la puso sobre el dobléz de la campera.

Se rió por dentro pensando que lo hacía a la vieja usanza, como cuando los aristócratas se colocaban las flores en las solapas de los sacos y smokings, engalanándose para alguna fiesta.

Sintió frío, se levantó la capucha y buscando refugio, subió la loma por la avenida, hasta encontrar el lugar adecuado.

Allí, cómodamente sentado, comió algo y bebió suficiente agua, el peligro de la deshidratación siempre estaba presente.

Y volvió al mar, ese mar que tanto lo atraía. Ese mar que había sido su compañero de aventuras desde chico, nadando, pescando, navegando.

La lluvia había parado, comenzaba a sentirse el viento del sur, que llevaba las nubes, lejos, más allá del horizonte.

Dejó la moto, bajó por la recova, siguió por las escaleras y al fin pisó la arena.

Compacta por el agua caída, no tenía ninguna huella.

Sólo las que él iba dejando.

Se sentó sobre la orilla, casi al borde del agua.

Tomó la flor en su mano, la miró, la llevó hacia arriba y la soltó.

Una fuerte corriente de aire se encargó de levantarla y llevarla sobre las olas hasta que al fin desapareció.

Se sintió triste y solo, pero ese sentimiento ya era su viejo amigo.

La resignación llega cuando la razón desiste.

Lo sabía.

Él, era el último de su especie.

¡Era el último ser humano sobre la tierra!

María Joholanda Rondón

La verdadera historia de Cenicienta

El príncipe se enamoró de Cenicienta no porque la vio hermosamente arreglada en la fiesta del palacio, sino porque la vio limpiando su casa ¿Cómo es posible? He aquí la historia.

Andaba el príncipe rondando los veinte años y su padre el rey, cansado de verle vivir sin rumbo fijo ni dedicarse a ninguna cosa productiva, decidió que ya era tiempo de que aquel muchacho se casara y al menos sirviera para dejar en firme un futuro heredero para su reino. Así que tomando cartas en el asunto, el rey obligó a su hijo Felipe a visitar todas las casas de su reino en las que vivieran muchachas casaderas que estuvieran entre los dieciséis y los veinte años de edad.

Una clara mañana el príncipe llegó a puertas de la casa de Cenicienta, que como se sabe, vivía con su cruel madrastra y sus dos inútiles hermanastras. Aquellas mujeres sólo se ocupaban de engalanarse y vestirse guapas diariamente. Nadie dice que fueran realmente feas, al contrario, eran chicas hermosas, cuyos rasgos se resaltaban bajo los trazos del colorete, las largas pestañas rizadas y los ojos delineados, y sus cuerpos lucían perfectos en los bellos vestidos con escotes reveladores.

Cenicienta abrió la puerta al príncipe y lo invitó a pasar y sentarse, recibiendo apenas de él una sencilla mirada y unas desganadas «gracias».

Mientras sus hermanastras se arreglaban para deslumbrar al joven, Cenicienta se vio en la necesidad de barrer, limpiar el piso y pasar frente al príncipe con los montones de ropa sucia que debía lavar en las afueras de su casa junto al río. El príncipe no la notó, pero quedó deslumbrado

con el arreglo formidable de las hermanas a quienes prometió visitar al día siguiente.

La siguiente mañana las hermanastras pusieron mayor empeño aún en sus galas y se tardaron más tiempo en atender al príncipe que el día anterior. Mientras tanto, el príncipe posó, sin apenas notarlo, sus ojos en la bamboleante cadera de Cenicienta, en sus brazos de movimiento firme y en el desnudo cuello humedecido por las gotas de sudor que iban a parar bajo sus senos, mientras ella iba y venía con el cepillo sobre el piso y el rostro jadeante.

La siguiente semana el príncipe no supo bien porque se empeñaba en visitar aquella casa donde lo único que veía era a esa muchacha con las faldas recogidas, mostrando sus torneadas piernas, mientras pasaba los paños húmedos por el piso brillante. Tampoco sabía bien, el príncipe, porque no podía apartar de su pensamiento la cara sonrosada y sudorosa que opacaba incluso los hermosos rostros maquillados de las hermanastras.

Luego de tres semanas el príncipe se permitió preguntarle a Cenicienta si acaso él podía ayudarla, mientras esperaba a sus hermanas, a llevar la ropa al río para que se le hiciera menos pesado el trabajo. Ella le dijo «sí» con los ojos brillantes y lo condujo muy de cerca, moviendo suavemente sus muslos al caminar sobre la hierba, con sus pies descalzos. Al llegar al río el príncipe se sentó en la orilla. Cenicienta le pidió que se quitara las botas y sumergiera los pies en el agua, él así lo hizo y disfrutó del sol matutino junto a la vista de los pájaros, los árboles a la orilla y el suave deslizar del agua. Y disfrutó además del espectáculo que ofrecía la chica lavando la ropa con la falda recogida entre las piernas, la cadera que bajaba y subía al ritmo del trabajo y los senos que se movían suavemente bajo la luz radiante del sol.

Todo lo que el príncipe anhelaba parecía encontrarlo al visitar aquella casa.

Y entonces las hermanastras comenzaron

a preguntarse por qué el príncipe finalmente no se decidía por alguna de ellas dos y le pedía matrimonio.

La madrastra entonces resolvió preparar una celada al príncipe distraído y aquel día cuando llegó, le pidió a Cenicienta que le sirviera café al invitado mientras ella recreaba una entrada triunfal para sus bellas hijas frente al supuesto interesado. Cual sería la sorpresa de la madrastra cuando notó que los ojos del príncipe no se separaban de las nalgas de Cenicienta mientras ella se agachaba para colocar la taza de café en una mesita junto al ilustre convidado.

Comprendiendo de pronto la atracción del príncipe hacia Cenicienta la madrastra urgió un plan para acabar de raíz con el mal asunto y aquella noche se llevó a Cenicienta a la casa de un turco y se la vendió como esclava.

Al día siguiente cuando el príncipe se vio obligado a hacer la visita a las hermanastras tías, perfectas, bellas y perfumadas se aburrió como

una ostra y llegó enfermo a su palacio.

El rey se angustió luego de cuatro días de postración del príncipe por una supuesta enfermedad que ningún médico de su corte podía curar.

Una noche, uno de los guardias del príncipe le escuchó hablar en sueños de la chica de la limpieza. El rey obligó a venir al castillo a todas las muchachas limpiadoras de su reino y las metió al cuarto del príncipe una por una, pero ninguna lograba que este recuperara la alegría perdida.

Un buen día Felipe recordó que Cenicienta solía tejer sus propias sandalias a mano. Se hizo un edicto real mediante el cual se establecía que cada una de las muchachas del reino debía tejer una sandalia para el príncipe. No importaba si se trataba de una gran señora o de una esclava, era una orden real.

Tres noches después llegó a manos del príncipe la tan recordada sandalia de Cenicienta,

traída por un turco al cual hizo entrar ante su presencia. Este le confesó que aquella chica cabeza dura había logrado escapar de su casa cuando él trató de ejercer sus derechos de dueño sobre ella.

Felipe sabía donde encontrarla. Bajo la luz de la luna se dirigió a su establo, ensilló a su más bello corcel y se fue cabalgando hasta las orillas del río, donde a esa hora vio a una muchacha a la que conocía bien, sentada sobre la grama y con un pie descalzo sumergido en el agua. El príncipe desmontó y se dirigió hacia ella, se agachó y calzó su pie con la sandalia, ella lo abrazó llorando y le dijo que sólo podría amarlo si se casaba con ella (Cenicienta era pobre, no estúpida)

Y así fue, se casaron, desataron su pasión y habrían sido perfectamente felices de no ser porque el palacio era aún un lugar mucho más grande para limpiar que la vieja mansión de su madrastra.

Ruth Sánchez

La abejita, las flores y Leila

Cuento infantil

Iba caminando por la costa a la orilla del mar, como todas las mañanas, acompañada de mi perrita Flopy. Ese día estaba nublado, el sol dejaba ver poco su rostro. Me puse una remera floreada que me había regalado mi abu, me perfumé con una colonia, como de costumbre...

-Vamos Flopy... ¡A correr!

Corrimos mucho por la arena y decidí descansar, tomé una siesta y entre dormida escuché un sssmm... sssmm... (era una abejita que trataba de polinizarme).

Aparentemente, mi remera con mi perfume hacían un cóctel.

-Sal de aquí (intenté espantarla pero no lo logré).

-Perdón, me dijo. Te confundí con un jardín.

Y diciendo esto se desvaneció en la arena.

Como no pude evitarlo, la llevé a casa, le hice una cama con un terrón y la dejé descansando en una tacita de café, junto a mi ventana.

-Flopy, cuidala. Voy al cole

-Bueno, me dijo.

Llegué a la escuela y en la clase de sociología la maestra nos dijo que teníamos que armar un proyecto para pasar la materia, buscar un problema y ver la solución viable. Tomé apuntes y... trimm... trimm (tocó el timbre) y me retiré volando en mi bici a casa.

-¿Como estás abejita?

-Nuestro problema es serio. La gente ya casi no planta flores en sus jardines, tenemos que salir kilómetros a buscar el néctar, viajamos mucho y al no encontrar flores, muchos de

nosotros morimos al regreso (sin energía no vivimos).

-No te sientas mal, seca tus lágrimas, que yo tengo una idea genial y podemos ayudarte. Vamos a lograr que los jardines de la ciudad tengan flores y no tengas que viajar tanto al otro día.

Fui al cole con la abejita y Flopy, expusimos el proyecto, como era de esperar, muchos se rieron y otros me felicitaron, me aprobaron el trabajo, y le dije a mi maestra:

-¿Cual es el siguiente paso?

-Ya está, ya te aprobé. Acá terminó mi trabajo... ¡Tenés un diez!

-Pero, no era la idea. Realmente, quiero ayudarlas.

-Mira, mi trabajo se termina acá, en clases.

Con mucha tristeza me fui y me senté en el cordón de la vereda con Flopy y la abejita.

Cuando llegué a mi casa agarré la Tablet,

hice un video, lo subí pidiendo que me ayuden, me fui al congreso, dejé mi proyecto, me retiré, fui hasta un canal y me hicieron una entrevista.

Al pasar un tiempo, todo se hacía más debate que hecho y nada de esto servía. Así pasaron los días, hasta que una mañana me despierta mi mamá:

-Despierta... ¡Esto es un milagro! Me vinieron a ver las abuelitas y vecinas, donando plantitas para ofrecer casa por casa.

Y así empezamos...

Después de la reacción de la gente y la solidaridad de todos, el gobierno aprobó un decreto para que al menos dos especies de flores se planten en los jardines y así poder proteger a las flores y las abejas.

Haciendo esta labor ayudamos a que todo coexista en armonía y belleza, protegiéndonos a nosotros mismos de existir en este mundo. Ya que los árboles y las flores nos ayudan a respirar,

oxigenando nuestro medio ambiente, con colores coloridos.

Y esta historia llegó a su fin.

Giancarlo Sasso Fernández

Cenicienta

Ya habían transcurrido unos quince años desde el casamiento de Cenicienta (Ester) con el Príncipe (Roberto), aún vivían en el reino que el príncipe había heredado de su padre, pero ya no en el castillo, el cual debieron entregar al banco cuando la crisis golpeó el reino y no pudieron hacer frente a su hipoteca (ahora creo que funciona una escuela de señoritas en el), sin tanta pomposidad, Ester (Cenicienta) y Roberto (el Príncipe) aún seguían siendo muy felices y criaban a sus cinco hermosos hijos, Roberta de catorce años, Nicanor de trece, Gloria de doce, Brian de dos y el más pequeño Romualdo de tan solo tres meses, el que había nacido mientras su padre estaba en una gira por otros reinos, en busca de alianzas económicas estratégicas a fin

de llevar adelante una política macroeconómica que posicionara a la región entre las primeras en inversión, tecnología y desarrollo, la cual le llevó a estar más de un año y medio fuera de su hogar.

Aunque el paso del tiempo ya hacia mella en la bella Cenicienta y su figura luego de cinco hijos ya no era la misma (por más que había probado de todo, desde dietas de hambre y solo lechugas hasta auriculoterapia), algunos kilos de más no la querían dejar, y su silueta era más parecida a la de una morsa que a la de una avispa, pero así y todo Roberto aún la amaba tanto como el primer día en el que bailó con ella y le puso ese diminuto zapatito talla 42.

La malvada madrastra de Cenicienta, hoy era dueña de un bar de mala muerte a las afueras del reino, el que obtuvo al casarse nuevamente con el dueño y luego de un tiempo envenenarlo para quedarse con su fortuna, la cual consistía en el bar, un carruaje para cuatro personas que tenía alquilado en el reino, tres ovejas viejas y

dos vacas locas (y no digo locas porque si, sino que literalmente los bovinos tenían la enfermedad denominada «de la vaca loca») nunca más tuvo contacto con Ester (Cenicienta) y debido a la crisis económica del reino, que casi lo llevó a entrar en Default en aquel momento, debió diversificar el negocio y comenzó a levantar apuestas clandestinas, lo que casi la llevó a perderlo todo cuando una inspección del rey llegó de sorpresa, y fue solo gracias a que aún conservaba algunos amigos en el poder que pudo salvarse, en tanto las odiosas hermanastras de Ester, luego de la boda y a sabiendas de que ya no serían princesas decidieron seguir con la carrera de modelaje que habían comenzado un tiempo atrás, pero no les fue muy bien y una de ellas, Carlota (la mayor) terminó por casarse con Braulio el panadero del reino, hoy tienen seis hijos y viven en la casa de la madre de Braulio, mientras que Elvira desposó a un enano ermitaño que vivía solo a un lado de su mina de carbón y

hoy es dueña del mayor proveedor de carbón del reino y madre de ocho pequeños mineros.

Hace no mucho, Ester se encontró con el Hada Madrina cuando llevaba a Roberta al odontólogo para que se controlara los Brackets y se detuvieron en el café que está a la salida del pueblo para tomar un té y charlar un poco, resultó que el Hada Madrina estaba saliendo con un Gnomo que conoció en el bosque, pero hacia un tiempo que estaban distanciados porque él la engañó con una Elfa, en la fiesta de la primavera que organiza el club de dragones de la comarca todos los años, le contó también que el local que tenía donde hacía magia, leía las manos, la borra del café y esas cosas, no estaba funcionando bien, por lo que pensaba cambiar de rubro, a ella siempre le gustaron los deportes así que estaba pensando en hacerse entrenadora de fitness, charlaron un rato, estimo que dos horas y media y Cenicienta se despidió ya que Roberto estaba

al llegar de la corte y debía preparar la cena para cuando él llegara a casa.

Así que ya ven, la vida continua más allá del vivieron felices por siempre, y el tiempo lo cambia todo...

Liliana Savoia

Memorias fragmentadas

Casa de Jerusalén donde Jesucristo entró el mal pronto salió entrando a la vez el bien. Le pido a Jesús también que el mal se vaya de aquí, por esta oración. Amén

Cada palabra sonó como un disparo en su cabeza matando, como hacía decenas de años el final de su niñez y recién iniciada adolescencia.

Y volvió a sonar varias veces más en su mente como un mantra, acompañada de la figura de su abuela arrodillada, golpeándose el pecho como una posesa y avanzando de rodillas hacia el altarcito casero del living de la casa.

Ella pensó si es que le iba tan mal porque no repetía aquel rito familiar donde todas las mujeres de la casa participaban, repitiendo Amen.

Amen. Amen. Tenía por esa época cuatro años, su hermana nueve y su madre aunque joven, siempre enferma.

La abuela le había prohibido ir a la casa de la tía Amalia que quedaba enfrente de la suya. Una casona de madera de estilo Inglés con un amplio jardín de rosas y malvones que ocupaba parte del frente y el costado de la casa. El motivo era que allí practicaban magia negra utilizando huesos de muertos que le hacían traer al novio de la tía que trabajaba en el cementerio La Piedad. ¿Verdad? Ella no lo supo nunca. Si que le fascinaba ir a la casona, por las tortas fritas de la bisabuela Mercedes, pero, sobre todo por la salita de costura de la tía Amalia, que como modista de novias tenía un sinfín de telas de satén y adorados tules y pasamanería.

Su hermana obedeciendo a la abuela o por miedo jamás entraba a la casona y cuando la «pescaba» a ella entrando o saliendo con sus tesoros le tiraba de las trenzas y corría a decírselo

a su abuela quien le propinaba unos buenos chirlos y le obligaba a observar como quemaba en la terraza en un tacho de metal que antes fuera de aceite, esos trapos malditos y quedarse sin jugar por días. Sin embargo ella no escarmentaba con el castigo y en cuanto podía volvía a las andadas por la casona.

Hoy los recuerdos se agolpaban en su mente y todo tenía un matiz casi real.

Monica Tacchetti Heim

Belleza

Dormida en su cama parece una gatita de esas coloradas. Su sueño es tranquilo sólo interrumpido por los silbidos de su pecho asmático. Los ojos suavemente cerrados, la boca de labios finitos, su nariz perfecta, tan perfecta que duele. El cabello castaño claro pegado al cráneo, enrulado, resortes cortitos logrados con visitas a la peluquería para hacerse permanentes salvadoras, que según su parecer la mantenían siempre peinada. Su cuello es bastante liso a pesar de la edad, su pecho es de una blancura virgen y misteriosamente joven. El abdomen es páramo donde nada nace. Su cintura es imposible. Las piernas rollizas, de las cuales no está orgullosa. Finalmente sus pies de geisha, perfectos. Sus brazos, blandos, tiernos. Sus manos también pequeñas de uñas impecables.

Que esa belleza fuera mi madre, siempre me había sorprendido. Por un lado admiraba sus rasgos de ensueño, por otra parte, sentía que esa hermosura provocaba una grieta entre nosotras. Yo era distinta, era grandota. Manos, pies, brazos, piernas, cabeza... Todo en mí señalaba que no podía ser carne de su carne. Una gigantona medio torpe que era todo para esa especie de hada que con sus polvos mágicos había tratado de darme el universo completo. Yo sentía que lo que sus suaves manos me ofrecían se deshacía entre mis garras.

Sentí vergüenza por no estar a su altura. Corrí al espejo y me observé desconforme.

Acongojada me dormí a su lado. Cuando abrí mis ojos, ella me miraba tierna y me susurraba su agradecimiento por haberla hecho madre.

Entendí que yo era para ella igual de bella.

Entendí que la belleza se encuentra en el amor.

Celeste Tectino

Halloween

Todo comienza aquella noche terrorífica del 31 de octubre. Las calabazas están apagadas, los esqueletos aún permanecen durmiendo en sus tumbas. La gente se asusta y no quiere salir de sus casas. Otros, van a fiestas y se disfrazan de fantasmas, monstruos, brujas y otras cosas mas siniestras.

Él, está disfrazado de esqueleto, en la fiesta, asusta a todos los invitados, los demás salen gritando despavoridos mientras que los niños salen a buscar los dulces. Preparan las calabazas y se dirigen a las casas de los vecinos.

Así va terminando la fiesta aterradora de Halloween. Arriba una luna anciana, se pinta la boca.

Rodolfo Torres

Quijotadas

Los asistentes del bodegón, el Flaco Soñador, Dragón, Virginia, Patricia, La Francesita, ocultándose tras la cortina de humo originado por las fritangas, observaban atentos al recién ingresado, hombre de estatura baja vestido con prendas estrafalarias, algo inverosímil envolvía su figura, su todo, portaba ráfagas de rancio abolengo.

El protagonista, pronto descubrió a los chismosos, arrogante besó tiernamente las finas manos de las damas, sin dudar, cuadró estampa ante los atorrantes. Dragón, atrevido, tratando dificultosamente de conservar la vertical, preguntó: -¿El caballero, está invitado? Sin parpadear el galán se presentó formalmente:

-Napo, justo y sabio servidor ¡a sus órdenes!

Sin vacilar, un segundo, el visitante inició el recorrido del recinto, habla, caminaba, informaba: -Volé kilómetros a bordo del «Santa Elena», buscando aventureros, intrépidos, leales e inteligentes, creó, sin lugar a dudas, amigos, ustedes cumplen los requisitos para alcanzar la gloria, desentrañar los misterios del «Valle de los Sabios».

-Vanas expresiones- Opinó el Flaco Soñador.

Napo no escuchó necedades, cortó queso, descorchó botellas de champaña, bamboleó la bombacha campera rojo punzó, zapateó, las alpargatas de sogas bigotudas, iban, venían, las mininas no tardaron en acompañarlo meneando traseros. El nuevo integrante de la farándula encendió con su frenesí maniobras incontrolables, locas, desbandaron al amanecer saltando barreras impensadas.

El globo aerostático «Santa Elena» flotaba sin contratiempos, sobrevolaba abstractos esquivando cúmulos, Dragón dormía, sus ronquidos desencajaban la pasividad del alba, el Flaco Soñador aterrado temblequeó ¡VOLABA! dominó aptitudes, indagó a Napo:

-¿Siempre usas, sombrero bicornio, casaca granaderos de guardia?

-Usé, usaré, soy Napoleón- La respuesta, palabras mentecatas, alteraron al impertinente.

-¡Napoleón no vestía bombacha campera, no calzaba alpargatas de sogas!- Contestó de muy mal humor el Flaco Soñador.

- Jee....Jee, Jee... Jee- Sonríó despectivamente el supuesto gran estratega sepultando la cháchara, el Flaco Soñador atónito razonó: «Dice ser Napoleón, está ido»

Superados los entredichos el comandante de la nave, Napo, avistó el punto de aterrizaje, maniobró hábilmente hasta hacer pie con la

barquilla, sin demoras, ordenó: - ¡Sujeten! ¡Colmen! ¡La canasta con piedras!-. Largo rato el par de holgazanes trabajó, por fin finalizaron las tareas. Agotados. Sudorosos. Postraron sus esqueletos a la sombra de fornidos arropados de verdes. Impensado. Sorprendidos. Observaron al cauteloso hombrecillo, surgió de la maleza y no anduvo con rodeos, comunicó:

-Los espera Odín.

Sigilosos emprendieron la marcha apartando el matorral bajo del monte, avanzaban acechados por las quejas del Flaco Soñador: -¡Son insoportables! ¡Nube de energúmenos motorizados! ¡Malditos descendientes del Conde de Transilvania!

Resistiendo lamentos, sorteando obstáculos, la intrincada picada concluyó, un amplio espacio verde, el guía detuvo la expedición, aporreó las manos, anunció: -Señor los viajeros.

Napo al observar la estructura física de Odín, cargó temores, amasó mentalmente posibles riesgos: «El grupo dependen de alguien tan insólito». Decidido a clarificar sospechas pidió detalles a Odín por su ascendencia, éste, de mal talante, contestó: -Soy descendiente del dios de la guerra Wotan.

-¡VIKINGO!- Exclamaron a coro los aventureros. El escandinavo presuroso dio por finalizado el careo, señaló el rumbo.

Anduvieron trotando horas. Súbitamente. El cabeza de fila requirió mudez, punteó la caverna de boquete oscuro, con voz baja narró: - Acamparemos, al momento que el sol difunda los últimos destellos, las ánimas suspenderán sentidos, florecerá el tiempo de atravesar enigmas.

El ocaso desvaneció, Odín, dictaminó desembrollar los misterios. Treparon penosamente la escarpada barranca hasta acceder al boquete oscuro, ingresaron, dificultosamente

circulaban por el túnel natural refrigerados por gotas frías, las cariñosas, descendían, manoseando descaradamente las partes más íntimas, Napo, furioso presentó formal queja:

-¡Qué goteó impertinente!

Ganaban espacios lentamente, golpeando, raspando, brazos, piernas, topetando muros toscos ocultos por brumas chifladas, oleajes de murciélagos, el grupo sentía el esfuerzo, totalmente perdidos en aquel universo de fantasmas negros, con las últimas reservas ¡AVISTO! Aureolas brillantes. Gotas de Luz.

¿Arribaban al final túnel?

Alivio. Las migajas encendidas, transmutaron, luces multicolores amenizadas por la sinfonía disonante de plumíferos. Pasos. Contados pasos. Arribaron al mirador, el balcón permitió avistar el «Valle de los Sabios».

Odín reveló el camino, apresurados descendieron la inclinada ladera hasta arribar al

cañón de matices cambiantes, caminaron, largo rato caminaron, subyugados por el bello medio ambiente, raro, muy raro, no encontraron ningún mortal.

La rápida traslación había pulverizado fortalezas, detuvieron el andar, Odín punteó pequeño sendero, curvas, contra curvas, terminados, al filo de la deshidratación, descubrieron la puerta, un macizó de dos hojas adornado con ridículo llamador, pasado de revoluciones, Napo, accionó la aldaba ¡Toc...! ¡Toc....! Silencio..... Silencio... Tardío surgió misterioso vozarrón:

-¡Quién vive!

-¡Napoleón el Gran Emperador! ¡Abrid!

Aplausos, gritos.

¿De dónde provenían?

La puerta.... Abrióóóóóó.....

Asomó rechoncho amo de llaves portando el registro de visitas, el pesado mamotreto,

cargado a duras penas hacía temblar su figura, logró posarlo violentamente sobre un banco de patas doradas, agitado platicó:

-Bienvenido Señor Emperador tenga a bien estampar su rúbrica- El Flaco Soñador ambicionó realizar la misma faena.

-Perdón caballero es para personajes ilustres- Argumento el gordo.

El caballero de traje de latas, perdió los estribos, bajito..., bajito..., para que nadie escuchara extrajo de las entrañas poderoso saber mundano: -¡La Gran P&&&&& que los P&&&&&, gordinflón!

-¿Cómo?

Reculó el caballero andante: -Yo, no abrí la boca estimado gentilhombre.

El voluminoso haciendo caso omiso al desliz, indicó: -La nube motorizada los transportara a la oficina del sabio de Siracusa.

Circularon ansiosos, faltaban minutos para

revelar ¡Los Secretos! Automáticamente el carronimbo detuvo la marcha frente al viejito encorvado de testa nevada, el ayudante solicitó el papiro, leyó detenidamente, varias veces, meditó, dictaminó: -¡Sí! Es el enviado.

Después de la confirmación, el sabio, adelanto pasos, saludo a Napo, evitó al Flaco Soñador, menospreciado el escuálido caballero evadió de sus cabales, conferenció bruscamente: -¡Instruido inculto!-. Dejando de lado las sandeces del hidalgo avanzaron al interior del salón donde la pantalla gigante mostraba originales jeroglíficos, el investigador repasaba atentamente el telón electrónico, caviló, luego, solicitó al Emperador: -Dadme un punto de apoyo descarrilaré el mundo para vosotros, la palanca existe, el diseño es perfecto.

-Tamaño brazo hace falta para mover el universo- Argumentó el Flaco Soñador.

-¿Perdón, Usted sabe con quién dialoga?-
Inquirió el colaborador más cercano.

-¡No!

- El eminente es....., Arquímedes.

- Yo, Don Quijote de la Mancha- No dejaron explayar al caballero, a los empujones, groseramente, expulsaron al guerrero andante.

Finalizado el desgraciado incidente Arquímedes informó: -Excelencia, la palanca engloba el arte de imaginar, planificamos: sección, largo, cargas mínimas, la sumatoria, una serie infinita, dilema resuelto, el gran arcano es... ¡Dónde ubicamos el punto de apoyo!

Todos guardaron silencio, el de Siracusa totalmente marchado, gritó:

-¡EUREKA! El punto de apoyo.

Napo, saltaba, vociferaba: -¡Ahora dominaré el mundo!

.....Todo había cambiado, de los ardientes fuegos, germinaron frías cenizas.....

El Flaco Soñador reposaba sobre el trasero de Patricia, Dragón dormitaba, Virginia espantaba

moscas, Napo, pícaro, mezclaba formas dudosas con La Francesita.

Febo al ver tamaño espectáculo pidió a Baco: -Dios del vino dicta reglas mínimas de comportamiento, son beodos incontrollables- Respetuoso al pedido, tenue llovizna diseminó tristezas.

¡Casco Resonaron!

La carroza de seis caballos negros rechinó frenos ¡Alaridos! los graneros de guardia maniataron, cargaron al Emperador, a pesar de los forcejeos del Flaco Soñador, los gritos desaforados de las chicas.

Dragón reprochó: -Te advertí, Soñador impertinente, el personaje padece esquizofrenia.

-¡Dragón! No puedes negar, la expedición al Valle de los Sabios, Arquímedes, la palanca, la carroza, los graneros de guardia ¡Existieron! ¡Existieron! ¡Chicas! por favor-. Después de emitir tanto quiijotismo el Flaco Soñador cayó noqueado.

Napo volaba dentro del Zeppelin, cuatro paredes acolchonadas, totalmente desequilibrado esbozaba disparatada arenga:

«AHORA ¡SÍ! DOMINARÉ EL MUNDO
JE...JE... JE...JE...»

Carlos Arturo Trinelli

Vidas desconchadas

La mujer de mi padre se suicidó en el baño. Fue ingeniosa, evitó el clásico corte de venas en la bañera. Se colgó de la cortina de la ducha la que, con un nudo corredizo, afirmó de unos barrotes cruzados bajo la claraboya. Según la policía, la occisa (me quedó esa palabra) se subió al borde de la bañera y con el palo de la cortina la pasó entre los barrotes, hizo el primer nudo, luego el segundo y saltó al vacío cóncavo de la bañera. Allí la descubrí yo aquella tarde de verano como un monigote tieso y la clásica expresión de burla de los ahorcados. Creo que no grité, tomé el teléfono y llamé a mi padre, él hizo lo propio con la policía y en un rato la casa bullía de gente y los vecinos atisbaban desde afuera. Era una buena mujer y según mi padre

nada hacía prever tamaña decisión. Hubo trámites que demoraron la cremación y por supuesto no hubo velorio, solo un sombrío hermano de la suicida, mi padre y yo fuimos al cementerio, después mi padre se encargó de retirar las cenizas que anduvieron un tiempo sin destino por la casa hasta que no sé que hizo con ellas. Yo tenía 21 años.

Hoy todavía siento temor al abrir la puerta del baño y más si consumí ácido porque sé que va a estar allí y que me va a hablar con la lengua afuera y no le voy a entender nada y la meada se me va a escapar del inodoro en el apuro por irme. Pero esa adrenalina es parte del juego del LSD y me digo *vamos a ver a la occisa* y siento que ella lo revive como un acto de amor que quizá le faltó en la etapa en que era una viva.

Mi hermano se mató con la moto cuando tenía 18 años, 4 más que yo, atropelló a un caballo en la niebla de una autopista. Rodri era un buen *chabón*. El accidente puso en evidencia que era

el preferido de mi madre. Sostengo esto porque después del accidente ella nos abandonó a los dos, a mi padre y a mí. El argumento fue que si mi padre no le hubiera salido de fiador Rodrigo no hubiera podido comprar la moto ¿y yo? Qué tenía que ver. Tal vez se fue de manera preventiva para protegerme del peligro de las motos. Si fue por ello, fracasó. Desde ese momento no he dejado de andar en moto y hoy es mi medio de ganarme la vida, soy *motoquero*.

Mi viejo cayó en una depresión o eso creí porque abandonó el trabajo y se dedicó unos meses a intentar enviciarse con la bebida y a llorar las ausencias sin percatarse de la presencia. «Juampi», me decía,» por qué tuvo Rodri que matarse». «Qué sé yo, no me parece que lo haya hecho a propósito». «Y tu madre, por qué nos abandonó». «Qué sé yo, ella está viva.» Así transcurría nuestra vida y encima, el perro y yo nos cagábamos de hambre. Más yo que el perro al que por las noches soltaba para que pudiera

husmear en las bolsas de basura y hallar algo apetitoso. La bebida no logró que mi padre se aficionara a ese vértigo y en unos meses volvió a trabajar en su profesión. Nuestra vida desflecada pareció empezar a ser normal. Una mujer venía de lunes a viernes a cocinar, lavar y limpiar. Yo regresé al colegio. Así pasaron unos años hasta que llegó la suicida y se hizo cargo de la maestranza en un remedo de familia ideal pero mi hermano seguía muerto, mi madre ausente y el perro más gordo. De todas maneras para mí no fue del todo una mala época. Todavía no se me había opacado la inocencia y en la niebla narcótica de algún porro reía con mi hermano amoratado por los golpes (atropellar un caballo en el siglo XXI ¡a quién se le ocurre!).

En esos tiempos fue que tuve una novia a la que no pude retener cosa lógica si se tiene en cuenta que en mi familia nadie retenía a nadie y alguno tampoco la vida.

Se trató de una vecina, una mujer de mi edad de formas delicadas, carácter afable y una dulzura administrada en dosis de seducción pero como los astros tenía dos caras y yo conocí la oculta, la que lejos de decepcionarme terminó por afirmar mi dependencia.

En Inés convivían ángeles y demonios unos para ceremonias corrientes y los otros para ceremonias secretas (sexo, drogas y demasiado rock and roll). Juntos hicimos cosas demasiado malas para narrar y que harían de este relato una pura ficción inverosímil. Los padres de Inés no me querían. Una conducta sensata porque ellos solo conocían la cara expuesta de su hija y cualquier equívoco debía ser atribuible a su compañero quien portaba una historia difícil; es decir, yo. La tentaron con estudiar en Canadá, donde vivía la hermana mayor, entre la opción de seguir *rockanrolleando* con un futuro que se angostaba día a día y la esperanza de joder en otro idioma, no lo dudó y un día se fue, todos

contentos, menos yo pero no se lo dije.

Poco menos de un año después que la mujer de mi padre se suicidara él también se fue pero al menos lo hizo con vida. Intentó convencerme para que me fuera con él. La empresa abrió una sucursal en Córdoba y tuvo la oportunidad de irse a vivir allí como principal responsable.

A los 22 años me quedé solo con el perro en una casa habitada por dos buenos fantasmas y el recuerdo de unos vivos que con el tiempo se fueron convirtiendo en desconocidos o yo lo hice para ellos.

Un día apareció mi madre que no era el recuerdo que yo tenía de mi madre y en consecuencia era solo una mujer que por supuesto igual reconocí cuando abrí la puerta.

Entró decidida como recién llegada del mercado, se dirigió a la cocina y se sentó a la cabecera como hacía cuando estábamos todos y

ella era madre. Estuvimos un rato en silencio, le serví un té en mi taza y yo abrí una lata de cerveza. De pronto se tapó la cara con las manos y la convulsión de un sollozo escapó entre sus dedos. Un ansia irrefrenable de abrazarla me tensó el cuerpo. Me quedé quieto, se recompuso para decir «está todo igual» al tiempo que observaba la decadencia, «los distintos somos nosotros» agregué distante. Llegaron las preguntas que respondí con fingida neutralidad. Siguieron las justificaciones que no cuestioné entretenido en recordar imágenes de situaciones en la mesa familiar. No quise que la ternura desplazara al desamparo y regresé al presente para enterarme dónde vivía y con quien, a qué se dedicaba y a guardar un papel con su dirección y teléfono. Después la acompañé hasta la puerta y cuando me besó reconocí su olor y a punto estuve de quebrarme y llamarla *mamá*.

Listo, todo siguió adelante como siempre sucede.

Cada tantos meses mi padre me visitaba, salíamos a comer, íbamos a la cancha, me compraba alguna ropa, la pasábamos bien pero se volvía a Córdoba. Dejaba una estela de planes que invariablemente no se cumplirían. Tampoco rehízo su vida en el sentido tradicional del término pero mantenía un buen porte y cultivaba una vida atlética por lo que supuse que seguiría siendo un *hunter* de damas a la deriva.

Llegó el año en que se murió el perro, enfermo de vejez perruna una mañana no se levantó y entonces sucedió, lloré sin consuelo (nadie podía hacerlo), hasta grité y terminé a los hipos con el valeroso Viruta en brazos, (ese era su nombre completo pero lo llamaba Viru), lo enterré en el jardín, envuelto en su manta, la que usaba para dormir.

Fue más que un perro, fue mi confidente y el único que siempre supo qué me sucedía. Con su sabiduría aguardó por los buenos tiempos los que nunca nos llegaron del todo y sin embargo

nunca me perdió la confianza. Fue mi amigo.

Un fantasma más para la casa y un compañero de rutas alucinadas que en estas nuevas circunstancias de ausencias ha logrado superar el ladrido, ahora me habla y dice cosas graciosas o mejor dicho, dice cosas importantes de manera graciosa o solo son importantes y el cannabis las hace graciosas.

Un día cualquiera, el bueno de mi padre se puso *la gorra* y me *bardeó* mal, «sos un fumón, un alcohólico, un drogón». Todas verdades que negué con énfasis sin dejar de reconocer que a veces...» Tenés que ir a un psiquiatra», aseguró desde una supuesta experiencia el muy *caretón*.

Le hice caso. El tipo es un viejo engolado que se me hace el amigote y yo le digo lo que quiere escuchar. Me sugirió llevar un diario, como si fuera una minita, entre sesión y sesión donde anote lo que hago y mis sensaciones.

Escribo al amparo de un sol displicente de otoño que dibuja, a través de la ventana, formas

extrañas en la pared desconchada. Intento descifrarlas, quizá haya allí un mensaje algo que no logro entrever y que al fin, no me importa. Tal vez el sol del verano lo haga explícito. Falta mucho, debo seguir adelante.

Así comienza mi diario.

Aurora Peregrina
Varela Rodríguez

Somos un equipo magnífico

Un día más, levantarse a las seis de la mañana e ir a trabajar. Allí hay que encender todos los aparatos y prepararse para el tecleo de los botones, que es lo mío, lo que me destinaron en ese sitio donde me gano la comida, aunque de vez en cuando, lo confieso, hago alguna «artistada», pero ya se sabe bien, todos quieren ser artistas del medio y se sacan del camino a los más artistas de todos.

Este es un defecto mundial, la competencia, la pelea por hacer, decidir, proyectar y llevarse los méritos si el éxito es grande. Ya me lo sé, ya lo aprendí de este paso por la vida. Por eso ahora vivo muy tranquila, en ocasiones sobrevivo,

porque muchas veces se lleva regular trabajar en equipo un día tras otro.

Lo que me complace es que Isidoro come a diario sus croquetas de arroz y zanahoria. Ese gato del garaje de las unidades móviles tiene un catarro crónico que le va y le viene constantemente, le lloran los ojos, le sangra la nariz y yo sufro por él, pero está gordo y es guapo. También es algo arisco, pero no me preocupa demasiado, siempre intento tocarlo despacio, sin que se dé cuenta porque le quiero y deseo sentirlo entre mis dedos.

Hoy, vuelve a ser otra la semana en que revolviéron las cajas entre las que se esconde mi Isi, y por eso, dedico unos minutos de mi horario laboral a crearle un nuevo espacio donde ponerle unas mantas de cuadros viejas para que pueda acostarse, descansar, ilusionarse y durar un poco más. A las siete y treinta es hora de tomar el capuccino, lo tomo despacio saboreándolo «chopo a chopo», como dicen por aquí, está rico e

impedirá que me desmaye durante las tres primeras horas interminables de labores en el Control 400. Pero lo haré bien, domino la técnica y la tecnología, por eso trabajo allí, sin enchufe, sin recomendación, y por eso me piden para desarrollar los más importantes planes de empresa.

Finalmente llegamos a las 10:45 hs. y vamos a desayunar. En el grupo hay un chico alto que empezó hace un mes, que nos cuenta con una sonrisa que se acuesta con su novia los fines de semana y algún día de la semana. Otro de pelo largo negro que domina las artes marciales a la perfección y que sólo lo hace el fin de semana porque ella está en Vhigú. Uno que no se sabe bien de que barrio es, que simplemente dice que lo hace con las respetadas prostitutas porque por su compañero ya no siente nada. Finalmente habla él, Amador Galiett Puffgí, que sencillamente no lo hace, y yo, que escucho, guardo silencio, me río y me hago la descarada,

la vividora. Porque vivir en sociedad también puede ser eso, decir que eres sin ser, que piensas sin pensar, sobrevivir así porque nadie quiere ser decente, salvo él y yo.

No obstante se ha producido un milagro entre nosotros: «nos queremos a pesar de las diferencias, nos comprendemos, respetamos, escuchamos y reímos unos con las cosas de los otros».

Somos un equipo magnífico, tenemos que ganarnos los sueldos y lo pasamos bien. Cada uno que haga lo que quiera, yo también me he equivocado pero he decidido olvidarlo. No tengo tanto que contar como ellos de sus conquistas y aventuras y aquí lo digo, como también ha expresado mi buen amigo Amador, que en la vida, creo, se comió una rosca, ni le mimaron ni le besaron.

A ellos no les debo nada ni ellos a mí, sin embargo nos hemos entregado momentos de risas y de compartir mesa en aquella cafetería a

la cual no podemos ir salvo que sea en manada.

Camino de mi hogar pienso en sus palabras, la verdad, todo pasa tan rápido, como el tren alvia, como el avión. Sus palabras se dibujan y desdibujan en mi mente, puede que me enfermen un poco.

Pero la vida pasa y me he divertido escuchándoles, y aunque en el fondo les he juzgado, como no soy yo la que les dirá si está bien o mal lo que hacen, puedo convivir con ellos.

Llego a casa, son las 15:30 hs. Tengo un hambre bestial, hambre 10, pero debo comer verduras y proteínas. Tengo tendencia a engordar y todo lo que como siempre me parece poco. No deseo que me deje el endocrino, es mi freno, pero para ello debo cumplirle.

Allí, sobre la alfombra del pasillo está recostado cómodamente Pochitto, que me mira con sus ojitos tristes porque ha estado solo mucho tiempo. Quiere que lo mime y lo bese. Lo hago gustosa, es un gato especial, por ello me cuesta

salir a la calle, porque deseo acompañarle toda la tarde.

Le salvé de un atropello, pero nada me debe, todo se lo debo. Llegó a mi vida en un momento de profunda soledad. Mil gracias mi Pochitto.

Así vamos por la vida, sin deber ni que nos deban, tengo un trabajo que conseguí con esfuerzo porque tengo estudios, nadie me dio nada, nada les debo, tal vez me deban ellos a mí por mi responsabilidad y buen hacer, pero no son de los que pagan favores ni les gusta andar debiendo.

Mis amigos y yo tampoco nos debemos nada, cada uno que viva como le plazca, que para los apuros allí estaremos unos para ayudar a los otros, a pesar de todo.

Los gatos tampoco nada me tienen que dar, pues con sus ojitos, comiendo gustosos lo que les doy y estando sanos, ya todo me lo dan y paso yo a deberles.

Los Autores

Angeli, Alicia

Villa María (Córdoba) - Argentina

aliciaangeli@hotmail.com

Barrio, Nadia Mabel

C. A. de Buenos Aires - Argentina

nannybarrio@hotmail.com

Bazán, Ana

Maipú (Mendoza) - Argentina

enc.adele@gmail.com

Bustamante, Enrique

Lima - Perú

ebc110@yahoo.com

Cámara, Ezequiel

Mar del Plata (Buenos Aires) - Argentina

ezex33det@outlook.com

Castillo, Juan Cruz
C. A. de Buenos Aires - Argentina
JuanCruzCastillo1996@outlook.com

Chiama, María Cristina
Laboulaye (Córdoba) - Argentina
cristina_chiama@hotmail.com

de Posada, Julio Carlos
San Isidro (Buenos Aires) - Argentina
juliodeposada@hotmail.com

Fassi, Irene
Vicente López (Buenos Aires) - Argentina
irene.fassi@hotmail.com

Figueras, Sonia
C. A. de Buenos Aires - Argentina
soniafigueras@yahoo.com

Heil, César Arturo Humberto
Córdoba (Córdoba) - Argentina
guionic@yahoo.com

Mesía Hidalgo, Jorge
Tarapoto (San Martín) - Perú
aisemh@hotmail.com

Monte, Cristina Beatriz
C.A. de Buenos Aires - Argentina
crisbmonte@gmail.com

Nivia Castellanos, Rusvelt Julián
Ibague (Tolima) - Colombia
rusvelt1@hotmail.com

Oillart, Alvit
Ituzaingó (Buenos Aires) - Argentina
alvitoillart@yahoo.com.ar

Pérez de Villarreal, Carlos F.
Mar del Plata (Buenos Aires) - Argentina
carlospdev2014@gmail.com

Rondón, María Iholanda
Madrid - España
ihorondon_cardenas@hotmail.com

Sánchez, Ruth
C.A. de Buenos Aires - Argentina
snchez.ruth@yahoo.com

Sasso Fernández, Giancarlo
Montevideo - Uruguay
ultimorey@gmail.com

Savoia, Liliana
Rosario (Santa Fe) - Argentina
savoialola@gmail.com

Tacchetti Heim, Mónica
Bahía Blanca (Buenos Aires) - Argentina
fliabruz@fibertel.com.ar

Teotino, Celeste
Ituzaingo (Buenos Aires) - Argentina
celesteteotino@hotmail.com

Torres, Rodolfo
Posadas (Misiones) - Argentina
rodolfo-torres@live.com

Trinelli, Carlos Arturo
Boulogne (Buenos Aires) - Argentina
piedrazul@hotmail.com

Varela Rodríguez, Aurora Peregrina
Milladoiro Ames - España
auraries@gmail.com

¡Gracias por leernos!
Esperamos
hayas disfrutado de

«Cuentos para leer
en el jardín - II»

Te invitamos a compartir
este libro con tus amistades.

Ediciones Mis Escritos
Buenos Aires - Argentina
www.misescritos.com.ar